

BESTSELLER DEL USA TODAY Y GANADORA DEL PREMIO SILVER FALCHION

PAMELA FAGAN HUTCHINS



REDENCIÓN

UN MISTERIO ROMÁNTICO MUNDIAL DE LA SERIE LO QUE NO TE MATA

Pamela Fagan Hutchins

Redención

«Tektime S.r.l.s.»

Hutchins P.

Redención / P. Hutchins — «Tektime S.r.l.s.»,

Cuando el destino le da a la abogada Katie Connell una segunda oportunidad inesperada en el Caribe, ¿se encontrará a sí misma o la encontrará un asesino? "¡Katie es el primer personaje del que me he enamorado absolutamente desde Stephanie Plum!" Stephanie Swindell, propietaria de una librería, abogada de Texas y bebedora descuidada. La carrera de Katie Connell acaba de derrumbarse ante sus ojos. Después de un fracaso muy público durante un condenado juicio a una celebridad y una ruptura desgarradora, evita la rehabilitación retirándose a la isla tropical donde sus padres murieron trágicamente. Pero cuando llega, se hace evidente que el supuesto accidente de sus padres fue frío y calculado. A medida que Katie va descifrando las pistas, recibe la ayuda de una fuente inesperada: una casa animada llamada Annalise. Entre el fantasma familiar, un cantante local y un apuesto chef, las peculiaridades de la isla ponen a la ex abogada en un gran aprieto. ¿Podrá Katie recuperar los trozos de su vida y resolver el asesinato de sus padres como parte de su nuevo comienzo? Los libros de Katie tienen más de 4000 críticas y una media de 4,5 estrellas. Disponible en formato digital, impreso y audiolibro. Saving Grace es el primer libro independiente de la trilogía de Katie y el libro nº 1 de la serie de misterio romántico What Doesn't Kill You. Once Upon A Romance califica a Hutchins de "escritora prometedor". Si te gustan Sandra Brown o Janet Evanovich, te encantará la escritora Pamela Fagan Hutchins, la más vendida del USA Today. Ex abogada y nativa de Texas, Pamela vivió en las Islas Vírgenes de Estados Unidos durante casi diez años. Se niega a admitir que tomó notas para esta serie durante ese tiempo. Lo que dicen los lectores de Amazon sobre la serie 'What Doesn't Kill You' Mysteries: "Imposible de abandonar". "Advertencia: despeja tu agenda antes de leerlo porque no podrás dejarlo". "Hutchins es una maestra de la tensión". "Un misterio intrigante... un romance cautivador". "Todo brilla: la trama, los personajes y la escritura. Los lectores están ante un auténtico regalo". "Atrapado de inmediato". "Hechizante". "Misterio dinámico". "No puedo dejarlo". "Entretenido, complejo y que invita a la reflexión". "¡El asesinato nunca ha sido tan divertido! ¡Está garantizado que te encantará el viaje!" Compra

Redención hoy mismo para un divertido misterio que no podrás dejar de leer.
Translator: Santiago Machain

© Hutchins P.
© Tektime S.r.l.s.

Содержание

Índice	7
Ebooks gratuitos de PFH	9
Uno	10
Dos	14
Tres	17
Cuatro	20
Cinco	23
Seis	27
Siete	29
Ocho	32
Nueve	36
Diez	38
Once	41
Конец ознакомительного фрагмента.	46

Redención

Índice

[Ebooks gratuitos de PFH](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Agradecimientos](#)

[Books by the Author](#)

[Acerca de la Autora](#)

[Books from SkipJack Publishing](#)

[Avant-propos](#)

Ebooks gratuitos de PFH

Antes de empezar a leer, puedes conseguir un libro electrónico gratuito de Pamela Fagan Hutchins de la serie *Lo Que No Te Mata*, uniéndote a su lista de correo en <https://www.subscribepage.com/PFHSuperstars>.

Uno

Eldorado, Shreveport, Luisiana

14 de marzo de 2012

El año pasado fue una mierda, y este ya era peor.

En aquel entonces, cuando mis padres murieron en un «accidente» durante sus vacaciones en el Caribe, me esforcé demasiado por hacer caso a mis instintos, que me gritaban «mierda» tan fuerte que casi me quedé sordo en el tercer oído. Me estaba preparando para el caso más importante de mi carrera, así que tenía una excusa que me servía mientras me presentara a la hora feliz, pero la verdad era que estaba obsesionada con el investigador privado asignado a mi caso.

Nick. El casi divorciado Nick. Mi nuevo compañero de trabajo, Nick, que a veces enviaba vibraciones de que quería arrancarme la blusa de Ann Taylor con los dientes, cuando no estaba ocupado ignorándome.

Pero las cosas habían cambiado.

Acababa de recibir el veredicto de mi mega-juicio, el caso de despido improcedente de Burnside. Mi bufete rara vez aceptaba casos de demandantes, por lo que me había arriesgado mucho con éste, y había conseguido que el Sr. Burnside ganara tres millones de dólares, de los cuales el bufete se llevaba un tercio. Eso fue todo lo contrario a un asco.

Después de mi golpe en el juzgado de Dallas, mi asistente legal Emily y yo nos dirigimos directamente por la carretera interestatal 20 al hotel donde nuestro bufete estaba de retiro en Shreveport, Luisiana. Shreveport no está en la lista de las diez mejores escapadas de empresa, pero nuestro socio principal se consideraba un jugador de póquer y le encantaba la comida cajún, el jazz y los casinos de los barcos fluviales. El retiro era una gran excusa para que Gino se diera un capricho con el Póker entre las sesiones de formación de equipos y de sensibilidad y siguiera pareciendo un tipo estupendo, pero significaba un viaje de tres horas y media en cada sentido. Esto no fue un problema para Emily y para mí. Salvamos la brecha entre asistente y abogado y la brecha entre compañero de trabajo y amigo con facilidad, en gran medida porque ninguno de los dos se desenvolvía muy bien en Dallas, o en absoluto.

Emily y yo nos apresuramos a entrar para registrarnos en el Eldorado.

—¿Quieren un mapa de los tours de fantasmas? nos preguntó la recepcionista, con su acento políglota tejano-cajún-sureño que hacía que los tours sonaran como «turs».

—Pues, gracias amablemente, pero no gracias, —dijo Emily. En los diez años transcurridos desde que se marchó, todavía no se le había quitado el Amarillo de la voz ni había dejado los rodeos.

Tampoco creía en la magia, pero no era fan de los casinos, que apestaban a humo de cigarrillo y a desesperación. —¿Tienen karaoke o algo más que casinos en el lugar?

—Sí, señora, tenemos un bar en la azotea con karaoke, mesas de billar y ese tipo de cosas. La chica se apartó el flequillo y luego giró la cabeza para volver a colocarlo en el mismo lugar en el que estaba.

—Eso parece bien, le dije a Emily.

—Karaoke, —dijo ella. —Otra vez. Puso los ojos en blanco. —Sólo si podemos hacer intercambios a medias. Quiero jugar al blackjack.

Después de depositar las maletas en nuestras habitaciones y refrescarnos, hablando entre nosotros por el móvil todo el tiempo que estuvimos separados, nos reunimos con nuestro grupo. Todos nuestros compañeros de trabajo rompieron en aplausos cuando entramos en la sala de conferencias. La noticia de nuestra victoria nos había precedido. Hicimos una reverencia, y yo usé ambos brazos para hacer gesto como Vanna White hacia Emily. Ella le devolvió el favor.

—¿Dónde está Nick? —Llamé—. Sube aquí.

Nick había abandonado la sala cuando el jurado salió a deliberar, así que se nos había adelantado. Se levantó de una mesa en el otro extremo de la sala, pero no se unió a nosotros delante. De todos modos, le hice un gesto de Vanna White de larga distancia.

Los aplausos se apagaron y algunos de mis compañeros me indicaron que me sentara con ellos en una mesa cercana a la entrada. Me uní a ellos y todos nos pusimos a trabajar en la redacción de una declaración de la misión de la empresa durante los siguientes quince minutos. Emily y yo habíamos llegado justo a tiempo para que terminaran las sesiones del primer día.

Cuando terminamos, el grupo salió en estampida del hotel hacia la barcaza atracada que albergaba el casino. En Luisiana, el juego sólo es legal «en el agua» o en tierras tribales. Por impulso, me dirigí al ascensor en lugar de al casino. Justo antes de que se cerraran las puertas, una mano se interpuso entre ellas y rebotaron, y me encontré subiendo a las habitaciones del hotel nada menos que con Nick Kovacs.

—Así que, Helen, tú tampoco eres apostadora, dijo cuando se cerraron las puertas del ascensor.

Se me revolvió el estómago. Es cierto que es cursi, pero cuando estaba de buen humor, Nick me llamaba Helena, como en Helena de Troya.

Había prometido quedar con Emily para jugar al blackjack antes del karaoke, pero él no necesitaba saberlo. —Tengo la suerte de los irlandeses, —dije. —El juego es peligroso para mí.

Respondió con un silencio sepulcral. Cada uno de nosotros miró hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados y a cualquier lugar menos al otro, lo cual era difícil, ya que el ascensor tenía un espejo sobre una barandilla dorada y paneles de madera. Había un poco de tensión en el aire.

—Pero he oído que hay una mesa de billar en el bar del hotel, y me interesa, ofrecí, lanzándome de cabeza al vacío y aguantando la respiración mientras descendía.

De nuevo, silencio absoluto. Un largo silencio sepulcral. El suelo me iba a doler cuando lo golpeará.

Sin hacer contacto visual, Nick dijo: “De acuerdo, nos encontraremos allí en unos minutos”.

¿Realmente dijo que me encontraría allí? ¿Sólo nosotros dos? ¿Salir juntos? Dios mío, Katie, ¿qué has hecho?

Las puertas del ascensor sonaron, y nos dirigimos en direcciones opuestas a nuestras habitaciones. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Me moví aturdida. Con respiración agitada. Las axilas sudando. El corazón latía con fuerza. Mi atuendo no era el adecuado, así que me deshice de los Ann Taylor por unos vaqueros, una blusa blanca estructurada y, sí, lo admito, un bolso multicolor de Jessica Simpson y sus sandalias de plataforma naranjas a juego. El blanco combina bien con mi larga y ondulada melena pelirroja, que desenredé y peiné con los dedos sobre los hombros. No es muy de abogado, pero de eso se trata. Además, ni siquiera me gustaba ser abogada, así que ¿por qué iba a querer parecerlo ahora?

Normalmente soy Katie Clean, pero me conformé con un rápido cepillado de los dientes, una ducha francesa y un lápiz de labios. Me planteé llamar a Emily para decirle que no me presentaba, pero sabía que lo entendería cuando se lo explicara más tarde. Caminé a la carrera hacia los ascensores y los maldije cuando se detuvieron en cada piso antes del Rooftop Grotto.

Ding. Por fin. Me detuve para recuperar el aliento. Conté hasta diez, bebí un último trago para infundirme valor y me metí bajo las tenues luces que había sobre la barra de piedra. Me paré cerca de un hombre cuya masculinidad podía sentir a varios metros de distancia. El calor se apoderó de mis mejillas. Mi corazón se aceleró. Justo el hombre que había venido a ver.

Nick era de ascendencia húngara, y sus antepasados gitanos debían agradecerle su oscuridad total (ojos, cabello y piel) y sus pómulos afilados. Tenía una musculatura que me encantaba, pero no era tradicionalmente guapo. Su nariz era grande y estaba torcida por haberse roto demasiadas veces. Una vez me dijo que un golpe en la boca con una tabla de surf le había dejado el diente delantero roto. Pero era guapo de una manera indefinida, y a menudo veía, por las rápidas miradas de otras mujeres, que yo no era la única en la habitación que lo notaba.

Ahora él se fijó en mí. —Hola, Helen.

—Hola, Paris, —respondí—.

Él resopló. —Oh, definitivamente no soy ese Paris. Aquél era un imbécil.

—Mmm. ¿Menelao, entonces?

—Eh... cerveza.

—Estoy bastante segura de que no había nadie llamado «Cerveza» en la historia de Helena de Troya, dije, olfateando de forma altivamente superior.

Nick se dirigió al camarero. —St. Pauli Girl. Finalmente me dedicó la sonrisa de Nick, y la tensión que había quedado de nuestro viaje en ascensor desapareció. —¿Quieres una?

Necesitaba tragar algo más que aire para tener valor. —Amstel Light.

Nick hizo el pedido. El camarero le entregó a Nick dos cervezas repletas de humedad y luego se sacudió el agua de las manos. Nick me entregó la mía y yo la envolví con una servilleta, alineando los bordes con la precisión militar que adoraba. Nick cantaba en voz baja, moviendo la cabeza de un lado a otro la canción Honky-tonk Woman.

—Creo que me gustas más en Shreveport que en Dallas, —dije—.

—Gracias, creo. Y me gusta verte feliz. Supongo que ha sido un año duro para ti, con la pérdida de tus padres y todo eso. Brindo por esa sonrisa, dijo, levantando su cerveza hacia mí.

El brindis casi detuvo mi corazón. Tenía razón en lo que respecta a la parte dura, pero a mí me iba mejor cuando mantenía el tema de mis padres enterrado con ellos. Brindé con su botella, pero no pude mirarle mientras lo hacía. —Gracias, Nick, muchas gracias.

—¿Quieres jugar al billar? —preguntó—.

—De acuerdo, juguemos.

Estaba mareada, la chica de segundo año saliendo con el mariscal de campo de último año. A los dos nos gustaba la música, así que hablamos de géneros, de grupos (su antigua banda, Stingray, y de grupos «de verdad»), de mi licenciatura en música en Baylor y del LSD, también conocido como el trastorno del cantante principal. Con un cubo de cervezas, intercambiamos anécdotas sobre la escuela secundaria, y me dijo que una vez había rescatado a un piquero herido.

—¿Un piquero de Nazca herido de verdad? le pregunté. —¿Real así cómo mis pechos o falso? Bola ocho en la tronera de la esquina. La metí.

Recogió las bolas de las troneras y las colocó en el estante mientras yo molía la punta de mi taco en tiza azul y soplaba el exceso. —Eres tan ciudadina. Un piquero es un pájaro, Katie.

Hice rodar su uso de mi nombre real de un lado a otro en mi cerebro, disfrutando de lo que sentía.

—Estaba haciendo surf y encontré un piquero que no podía volar. Lo llevé a casa y lo cuidé hasta que pude liberarlo.

—¡Dios mío! ¿Qué tan mal olía? ¿Te dio un picotazo? Seguro que tu madre estaba encantada. Hablé rápido, con interminables signos de exclamación. Qué vergüenza. Era una cursi presumida que irritaba al hablar. —Estaba en shock, así que estaba tranquila, pero cada día era más salvaje. Tenía catorce años, y mi madre estaba contenta de que no estuviera en mi habitación sosteniendo la teta real de alguna chica, así que le pareció bien. Sin embargo, olía muy mal después de unos días.

Tiro primero. Las pelotas chocaron y rebotaron en todas las direcciones, y una de rayas cayó en un bolsillo lateral. —Rayas, —dije—. Así que tu madre te había atrapado antes sujetando el pecho de una chica, ¿eh?

—Mmm, yo no he dicho eso...—dijo, y tartamudeó hasta detenerse.

Yo estaba más enamorada que nunca.

—Maldita sea, «I wish I was Your Lover», sonaba de fondo. Hacía años que no escuchaba esa canción. Me hizo pensar. Llevaba meses luchando contra las ganas de rodear el cuello de Nick con mis brazos y morderle la nuca, pero era consciente de que la mayoría de la gente lo consideraría

inapropiado en el trabajo. En mi opinión, eran muy mezquinos. Miré el gran balcón que había fuera del bar y pensé que, si podía llevar a Nick hasta allí, tal vez podría conseguirlo.

Mis posibilidades parecían bastante buenas hasta que entró uno de nuestros colegas. Tim era abogado. «Abogado» significaba que era demasiado viejo para ser llamado asociado, pero no era un creador de lluvia. Además, llevaba los pantalones subidos una pulgada más de la cuenta en la cintura. El bufete nunca lo haría socio. Nick y yo nos miramos fijamente. Hasta ahora, habíamos sido dos radios de onda corta en el mismo canal, la señal crujiendo entre nosotros. Pero ahora el dial se había convertido en estática y sus ojos se nublaron. Se puso rígido y se alejó sutilmente de mí.

Llamó a Tim. —Oye, Tim, por aquí.

Tim nos saludó y cruzó el bar lleno de humo. Todo se movía a cámara lenta mientras se acercaba, paso a paso. Sus pies resonaban al golpear el suelo, reverberando no... no... no... O tal vez lo decía en voz alta. No podría decirlo, pero no había diferencia.

—Oye, Tim, esto es estupendo. Toma una cerveza; juguemos al billar.

Oh, por favor, dime que Nick no acaba de invitar a Tim a pasar el rato con nosotros. Podría haberle dicho un breve «hola, que tengas una buena noche, ya me iba», o cualquier otra cosa, pero no, le pidió a Tim que se uniera a nosotros.

Tim y Nick me miraron en busca de aprobación.

Tuve una fantasía fugaz en la que ejecutaba una patada lateral perfecta en la barriga de Tim y éste empezaba a rodar por el suelo con las arcadas. ¿De qué servían los trece años de karate en los que había insistido mi padre si no podía utilizarlos en momentos como éste? —Toda mujer debería saber defenderse, Katie, decía papá cuando me dejaba en el dojo.

Tal vez este no era técnicamente un momento de defensa personal física, pero la llegada de Tim había echado por tierra mis esperanzas en todo el asunto de la mordida en el cuello, y todo lo que podría haber venido después. ¿No era esa razón suficiente?

Deseché la imagen. —En realidad, Tim, ¿por qué no te haces cargo por mí? Estuve en el juicio toda la semana y estoy agotada. Mañana tenemos que empezar temprano. Es el último día de nuestro retiro, la gran final del equipo Hailey & Hart. Le pasé mi taco de billar a Tim.

Tim pensó que era una buena idea. Estaba claro que las mujeres le daban miedo. Sin embargo, si esperaba una discusión por parte de Nick, no la obtuve. Volvió a su actuación fuera del trabajo. —¿Katie quién?

Todo lo que obtuve de él fue un «Buenas noches», sin una Helen ni una Katie añadidas.

Tomé otra Amstel Light del bar para volver a mi habitación.

Dos

Eldorado, Shreveport, Luisiana

14 de marzo de 2012

Quince minutos después, había liberado una botella de vino del minibar. Agarré mi iPhone con la intención de enviar un mensaje de texto. Enviar mensajes de texto en estado de embriaguez nunca es una buena idea. Ojalá un policía hubiera estado allí para esposarme; me habría salvado de lo que vino después.

Para Nick: —Me dejaste por Tim. Me siento sola. También podría haber añadido: “Con amor, tu acosador loco”.

No hubo respuesta. Esperé cinco minutos mientras terminaba una copa de vino. Volví a llenar mi vaso. Revisé los trescientos mensajes de Emily preguntando dónde estaba y le respondí — ¡¡¡Nick!!! Lo siento mucho. Hablamos luego.

Le envié otro a Nick. —¿Estás ahí? ¿Sigues con Tim?

—Hola, fue su respuesta.

Otro mensaje de Nick sonó segundos después. —Tenemos que hablar.

Me pregunté si sería una buena o mala conversación. ¿Hablar como eufemismo de no hablar?

Respondí a Nick, —Okay. ¿Dónde, cuándo?

—El lunes, en la oficina.

Un golpe en el estómago. Reúnete, Katie, reúnete. No dejes que se te escape el momento. Todavía hay una oportunidad. —No es justo. ¿Ahora? Elige un lugar.

—Mala idea. He estado bebiendo.

—Puedo manejarlo. Habitación 632.

No hay respuesta. Piensa, piensa, piensa, piensa, piensa. No dijo que no. No dijo que sí. Podría devolver el mensaje y pedir una respuesta clara, pero podría ser la equivocada. Asume que es un sí y ponte las pilas, chica.

Inspeccioné la espartana habitación de hotel, el lúgubre edredón de color tostado encanecido por haber pasado demasiadas veces por lavadoras industriales, las cortinas de color tostado descoloridas por los años de «fumador» de la habitación, una impresión enmarcada de producción en serie de un barco fluvial que colgaba del papel de pared metalizado. No parecía muy prometedor para un interludio romántico. De todos modos, limpié lo mejor que pude, la habitación y yo, e intenté tranquilizarme para pensar y comportarme con sobriedad.

No Nick. Me paseé. Me preocupé. Comprobé los mensajes de texto. Y entonces, de repente, supe que estaba allí, lo sentí con mi percepción extrasensorial sobre Nick.

Me asomé por mi mirilla. Sí, allí estaba, haciendo lo mismo que yo al otro lado de la gruesa plancha de madera. Sin embargo, no podía abrir la puerta, o él sabría que estaba allí observándolo.

Levantó la mano para llamar. La bajó. Se dio la vuelta para alejarse; volvió. Se pasó la mano por el cabello y cerró los ojos.

Llamó a la puerta. Contuve la respiración mientras rezaba una rápida oración. —Por favor, Dios, ayúdame a no estropear esto. Probablemente no era la oración mejor elaborada que había pronunciado nunca. Abrí la puerta.

Ninguno de los dos habló. Di un paso atrás y él entró, sujetando una servilleta de bar en su mano izquierda. Volvió a pasarse la mano derecha por el cabello, un tic nervioso que nunca había notado antes de esta noche.

Me senté en la cama. Él se sentó en una silla junto a la ventana.

—Dijiste que teníamos que hablar, le dije.

Se concentró en su servilleta arrugada durante mucho tiempo. Cuando levantó la vista, hizo un gesto de ida y vuelta entre los dos y dijo: “Mi vida es demasiado complicada ahora mismo. Lo siento, pero esto no puede suceder”.

Estas palabras no eran las que yo esperaba escuchar. Tal vez eran aproximadamente las que había esperado escuchar, pero había mantenido la esperanza hasta que las dijo. Mi cara ardía. Cuenta atrás para el colapso.

—Por «esto», supongo que te refieres a algún tipo de «cosa» entre tú y yo. Por supuesto que no. Soy socio del bufete de abogados. Oí mi voz desde muy lejos. Superior. Distante. —Sé que puedo parecer coqueta, pero soy así con todo el mundo, Nick. No te preocupes. No me estoy acercando a ti.

Casi podía ver la huella de la mano en su cara por la bofetada de mis palabras.

—Te oí hablar con Emily por el móvil cuando llegaste esta tarde.

Esto sonó siniestro. —¿De qué estás hablando?

—Pasé por delante de tu habitación. Tu puerta estaba abierta. Te vi y te escuché.

Protesté: “¿Cómo sabes que fui yo?”

—Conozco tu voz. Estabas hablando de mí. Oí mi nombre. Siento haber espiado, pero no pude evitarlo. Me detuve y escuché.

Empecé a interrumpir de nuevo, pero él continuó.

—Dijiste..., y, oh, cómo no quería oír lo que venía a continuación, que no podías creer lo atraída que estabas por mí. Que te sentías culpable porque pensabas en mí más que en el trabajo o en lo que les pasó a tus padres... Nick tropezó con sus palabras, luchando por sacar algo. —Le dijiste a Emily que no podías evitar estar enamorada de mí.

Oh, Dios. Oh, Dios. Me quedé pálida. Se lo había dicho a Emily por teléfono. Ella había llamado para asegurarse de que iba a venir directamente a la sesión, y yo había girado la conversación hacia Nick. Era algo tan normal que lo había olvidado. Diablos, era tan normal que ella probablemente lo había ignorado. De repente supe lo borracha que estaba, y la habitación empezó a tambalearse.

Forcé una risa que rompió el hielo. —Sí, he mencionado tu nombre, pero no es eso lo que he dicho.

—Sí, lo fue, —interrumpió—. No soy un idiota. Sé lo que he oído.

—Pues lo estás interpretando mal, —insistí—. No estoy interesada en ti, Nick. Por lo que sé, todavía estás casado. Y trabajamos juntos. Siento si te he hecho sentir incómodo. Intentaré no volver a hacerlo.

—No me hiciste sentir incómodo. Se detuvo y se pasó la mano por el cabello por tercera vez, mirando de nuevo la servilleta. La maldita cosa tenía algo escrito. —Es que...—Suspiró y no avanzó más.

—¿Sólo... qué?

No hubo respuesta. Ojalá fuera sólo el alcohol lo que me hizo arremeter con sarcasmo a continuación, pero no fue así.

—¿Por qué no consultas tus notas mágicas de servilleta para ver qué debes decir?

Su rostro se ensombreció. —Eso fue grosero.

Estaba calentando motores. —Bueno, parece que has venido aquí con tu discurso ya escrito. «Poner a la pobre Katie enferma de amor en su lugar»— Aspiré un poco y escupí: “No puedo creer que hayas tenido que tomar notas en una servilleta de bar”.

—No soy tan bueno como usted con las palabras, señora abogada. Quería hacerlo bien. No se burle de mí por tomármelo en serio.

—Siento haberte hecho pasar tantas molestias. No lo sentía en ese momento, y sospecho que mi tono lo dejaba bastante claro. —Por supuesto, termina de leer tu servilleta.

Se levantó. —No hay nada más en mi servilleta de lo que tengamos que hablar.

Demasiado tarde, vi lo mal que estaba actuando. —Nick, lo siento. Olvida lo que he dicho. He bebido demasiado. Mierda, últimamente bebo demasiado, y voy a reducirlo totalmente. Espero

que esto no haga retroceder nuestra amistad, y que podamos seguir con normalidad en el trabajo. Ya sabes cómo soy. Soy demasiado atrevida, y soy una charlatana. Dejé de balbucear inútilmente y luché por mantener el contacto visual con él.

Mis pensamientos se desordenaron. ¿Cómo había podido interpretarlo tan mal? Siempre había creído que, en el fondo, se sentía tan atraído por mí (no sólo a nivel físico) como yo por él. Que, si le daba la apertura y el empujón adecuados, me arrastraría a su carruaje mágico y me llevaría a una vida feliz.

Qué ridículo era eso. Yo no era Cenicienta. Yo era Glenn Close cocinando el conejo en «Atracción Fatal». Y él era Michael Douglas buscando una forma de escapar.

No sabía cómo hacerlo mejor. Sus ojos se volvían más hostiles a cada segundo. Sin dirigirme una palabra más, se marchó con esa maldita servilleta arrugada.

Tres

Eldorado, Shreveport, Luisiana
15 de marzo de 2012

Me desperté con una atroz resaca que se debía tanto a la humillación como al Amstel Light y al vino del minibar, y recordé a Nick en mi habitación, y la forma en que había actuado. Parecía improbable que pudiera ir mucho peor, pero al menos no me lo había encontrado desnudo en la puerta con una rosa entre los dientes. Me levantaría y me recompondría. Me mostraría seductora con mi conjunto de jersey verde musgo de Ellen Tracy. Lo solucionaría.

Pero primero revisaría mis mensajes porque mi teléfono estaba zumbando. ¿A esta hora tan temprana?

—¿Dónde diablos estás? Era Emily.

—¿? Estoy preparándome.

Eso no era del todo cierto, pero la regla fundamental de los mensajes de texto es ser breve, así que omití los detalles.

—Ya comenzamos. ¡Apresúrate!

Tal vez no era tan temprano como pensaba. —Estoy en camino.

Bueno, lo de estar guapos y juntos estaba descartado ahora, aunque no sé si hubiera podido conseguirlo en estas circunstancias, por mucho tiempo que tuviera. Me recompuse de acuerdo con los mínimos higiénicos y estéticos y me incorporé a la sesión de trabajo en equipo, el segundo día de dos. Esperaba poder fingir lo suficiente como para engañar a mis compañeros de trabajo.

Me detuve ante la puerta abierta de la sala de conferencias y escuché al presentador. La empresa había contratado a un consultor sensiblero para que nos ayudara a resolver cualquier problema que tuviéramos entre nosotros de forma positiva y constructiva.

—Buena suerte con eso, —pensé—. Me pregunté si me ayudaría con mi problema de «quiero acostarme con mi compañero de trabajo posiblemente aún casado que, por cierto, me odia».

Sin embargo, no se trataba de sensiblería; el consultor era en realidad bastante bueno. Hoy hemos aprendido a hablar de lo que necesitamos más y menos del otro. Nos indicó que nos asociáramos con la persona con la que más necesitábamos una relación de trabajo eficaz.

Me abrí paso hasta la entrada de la sala de conferencias, de flores llamativas. En cuestión de segundos, el emparejamiento estaba casi completo. Busqué en la sala la gran melena rubia tejana de Emily, con la esperanza de que me hubiera esperado, pero estaba con el asistente jurídico principal, tomándose la actividad demasiado en serio. La fulminé con la mirada y se encogió de hombros con las cejas alzadas, como si dijera: “No es culpa mía si me dejaste plantada y luego no puedes arrastrarte de la cama hasta el mediodía”. Arrugué y busqué un compañero en la habitación.

Mientras exploraba el espacio, los ojos planos de Nick se fijaron lentamente en los míos. No es bueno. Yo también mantuve mi rostro inexpresivo, un esfuerzo gigantesco teniendo en cuenta que la mezcla de frutos secos del minibar de anoche quería volver a salir. Empecé a darme la vuelta, pero me di cuenta de que estaba caminando hacia mí. Esperaba que pasara por delante de mí, hasta que no lo hizo.

No dijo nada, así que hablé. No pude evitarlo. Siempre he llevado la voz cantante. No es de extrañar que mi hermano mayor me dijera que ahuyentaba a los hombres.

—Entonces, ¿quieres más de esto? Intenté una sonrisa de autodesprecio.

No me devolvió la sonrisa. —Parece que es la mejor manera de aclarar «esto», para que nos entendamos antes de volver a la oficina. Movié la mano de un lado a otro entre nosotros. Me recordó a la noche anterior, y no en el buen sentido.

Tomamos asiento. Las flores del papel pintado y del suelo no me animaban mucho. Las enredaderas de la alfombra llegaron de repente y me ataron a la silla por los tobillos. No, cabeza

de chorlito, eso es tu imaginación y demasiado alcohol. Agh. Inquietante. Me froté las manos en los antebrazos, tratando de suavizar la piel de gallina.

Nick leyó las instrucciones en voz alta. Nos turnaríamos para hacer una lista de ejercicios. Primero, nos diríamos las cosas que apreciábamos; después, las cosas que necesitábamos más o menos; y finalmente, lo que nos comprometíamos a hacer más o menos por el otro. En caso de que olvidáramos estas instrucciones, estaban impresas con rotuladores de colores vivos en rotafolios por toda la sala. Te agradezco, carteles, por romper esta pesadilla florida, pensé.

—Tú primero, Nick. Creo que tienes que recordar lo que aprecias de mí. Lo dije en tono juguetón.

Él no correspondió, ni dudó. —Aprecio que seas un profesional que hace un buen trabajo y trabaja duro. Eres importante para la empresa. No es precisamente cálido.

—Gracias, Nick. ¿Algo más? Puedes seguir con los cumplidos si quieres. Intenté otra sonrisa, con la cabeza inclinada hacia la derecha. Mi mejor ángulo.

—Eso es.

Esto iba de maravilla.

—Bien, entonces, lo que aprecio de ti es... tu creatividad y perspicacia, y lo bien que trabajamos juntos en el caso Burnside. Canalicé las tonterías del ambiente, una versión legal de un mal episodio del Dr. Phil. —Y aprecio que no tengas una servilleta de bar contigo hoy. Vamos, vamos Nick, superemos esto.

No hay posibilidad. —Ahora hacemos la siguiente parte, más y menos de. Se pasó las manos por el cabello. Oh, oh. —Lo que quiero que hagas más es que le avises a Gino cuando necesites mi apoyo, y él y yo lo solucionaremos. Lo que quiero que hagas menos es, dudó, y luego dijo, “acorralarme”.

¿Escuché mal, o Nick acaba de rechazarme, y me acusó de acosarlo? En pocas palabras. Incluso después del difícil final de nuestra velada, la patada profesional parecía extrema. ¿Estaba sugiriendo que lo había acosado sexualmente? Pasé de cero a sesenta en el medidor de rabia en menos de un segundo. Uy.

—¿Ya no quieres trabajar conmigo? ¿Acaso te «acorralo»? Tenemos una dura conversación personal, ¿y te niegas a trabajar conmigo?

—¿Puedes bajar la voz, por favor? —siseó—. Levanté las manos. Lo tomó como un sí y continuó. —Sólo quiero minimizar nuestro contacto, dijo. Su voz hacía juego con sus ojos.

—Eso es absurdo. La mano de Nick se levantó y yo subí el volumen. —Somos un gran equipo. Es un gran beneficio para esta empresa cuando trabajamos juntos. No entiendo por qué estás haciendo esto. ¿Es todo por lo de anoche?

Cientos de ojos me miraban desmoronarse en escombros emocionales. No, eso era sólo paranoia. Mis manos buscaron el cuello de la camisa y trataron de abrirlo más.

—No voy a hablar del porqué. Sólo necesito algo de espacio. Si tienes un problema conmigo, tienes que llevárselo a Gino.

Tiempo de decisión y autocontrol. Si hacía una escena mayor, lo avergonzaría, y luego nunca podría arreglarlo. Había pasado la mitad de la noche anterior reconciliándome con que nunca habría un «nosotros», sin Nick y Katie. No me gustaba ejercer la abogacía, pero en el último año, me había encantado trabajar con Nick. Trabajar con él era mejor que nada. Incluso podría ser suficiente. Pero si él me quitaba eso, sólo me quedaría yo y los pensamientos que no quería pensar.

Yo también tenía que ser realista. Yo era importante para el bufete, pero el futuro exsuegro de Nick era nuestro mayor cliente. Esta ruptura tenía que permanecer entre Nick y yo. No habría un «ir a Gino» para mí. Además, ¿qué le diría? —Gino, Nick no quiere trabajar conmigo porque cree que quiero acostarme con él. Haz que sea amable conmigo o haré un berrinche.

Hablé con palabras medidas. —Supongo que no tengo elección. Cumpliré sus deseos, pero que quede claro al cien por cien: es su decisión. No la entiendo y no es lo que quiero. También prometo ser honesto contigo. Empezaré con eso ahora mismo. Parecía un buen punto de partida, ya que anoche

le había mentado y él lo sabía. —Esto me duele. Me tratas como si me odiaras. Tuvimos un momento lamentable este fin de semana. Creo que deberíamos volver a hablar de esto en la oficina.

—No me sentiré diferente allí, —dijo Nick. Se levantó a medias, pero lo detuve.

—Espera. Tengo que decir lo que me gustaría que hicieras más y menos.

Volvió a sentarse. Ignoré el dolor punzante de mi estómago y hablé. —Me gustaría que hicieras más por mantener la mente abierta y menos por juzgar y tomar decisiones precipitadas.

—BIEN.

—De acuerdo, ¿te comprometes a ello?

—Está bien, te escuché.

Nos miramos fijamente durante varios segundos más. Entonces Nick se levantó. Los pies de su silla hicieron un horrible ruido de «rush-rush» contra la alfombra de lana de acero del hotel. Me estremecí. Mi sincronización con el crujido fue mala, basándome en el endurecimiento de sus labios y cejas. Se marchó a toda prisa.

Me quedé pegada a la silla.

Un rato después (¿segundos? minutos?) Emily interrumpió mi impresión de bloque de hielo.

—Tierra a Katie. Es la hora del descanso. ¿Vienes?, preguntó. Su voz era cortante, pero menos que sus mensajes anteriores.

La miré. Era una mujer de piernas largas, con botas tejanas y jeans azules que había combinado con una chaqueta vaquera de Gap y una camisa de algodón púrpura. —Gracias, no, nos vemos aquí, dije.

Emily salió de la sala de conferencias con un grupo de asistentes jurídicos. Me dirigí al bar. ¿Qué bebida era respetable a las diez de la mañana? Pedí un Bloody Mary, una bebida que nunca había probado. ¿Quién iba a saber lo buenos que eran los Bloody Mary? El primero me salió bien, así que pedí otro. Con la ayuda de mi nuevo amigo Bloody Mary, decidí que podía arreglar las cosas con Nick. Sólo que no pude encontrarlo.

Cuando volvimos del descanso, acorralé a Emily. —¿Has visto a Nick? Le pregunté.

Emily suspiró. —Se fue. Le oí decir a Gino que tenía una emergencia familiar.

Un fracaso.

El resto del día pasó. No recuerdo mucho de él. Creo que hice expresiones faciales y comentarios apropiados cuando se requería. O tal vez no lo hice. Mi mente de lavadora se agitaba con pensamientos sobre Nick.

En algún momento de esa tarde, Emily me llevó a casa en mi viejo y funcional Accord plateado. El día se convirtió en la noche, y la noche se convirtió en más del día, y cuando me desperté al día siguiente con el sonido de la voz de mi hermano, estaba desparramada en el sofá de mi living.

Cuatro

Apartamento de Katie, Dallas, Texas

16 de marzo de 2012

—¿Tienes alguna excusa mejor que ésta para no devolverme las llamadas? dijo Collin con un tono severo de hermano mayor. Me obligué a abrir los ojos el tiempo suficiente para verle hacer gestos por la sala de estar de mi otrora hermoso apartamento. Collin era mi gemelo irlandés, el mayor por once meses. Sin embargo, terminamos el instituto el mismo año, porque mi padre, un buen tejano, había insistido en retrasar a Collin un año para ayudarlo a ganar ventaja de tamaño en el campo de fútbol. Así, habíamos sido compañeros de clase además de hermanos. Aun así, Collin siempre se había comportado de forma paternal conmigo, especialmente en el último año, después de que perdiéramos a papá y mamá.

Abrí los ojos un poco, lo suficiente para ver el desorden. Supuse que no tenía buena pinta. Suelo ser muy exigente con mi entorno. Collin siempre me ha llamado TOC, pero yo no estoy de acuerdo. Paso la aspiradora al revés porque no me gusta cómo quedan las huellas en la alfombra. Ordeno mi ropa por temporada y la subcategorizo por función y color, porque ¿quién no lo hace? Y aunque no todo el mundo peina los flecos de sus cojines, creo que deberían hacerlo. Flecos enredados. El horror. ¿Pero estas últimas semanas? Bueno, no tanto.

Había, por ejemplo, envoltorios de comida rápida en la mesa de la cocina y un par de botellas vacías de V8 y vodka Ketel One en la encimera. No era insalubre según los estándares de Dennis el Travieso, pero, si me conocías tan bien como mi hermano, era preocupante. Mi pijama era la ropa de trabajo de ayer, y la ropa de los días anteriores yacía en un montón sin limpiar al lado del sofá (el sofá en el que los flecos de la almohada se burlaban de mí con nudos y grumos). En la televisión sonaba «Runaway» de Bon Jovi en una emisora de música rock de los '80 de Direct TV. Un Bloody Mary casi escurrido se burlaba de mí desde la mesa de centro, donde se encontraba junto a mi laptop Vaio rojo, una botella de Excedrin y mi iPhone.

Me senté de la manera más digna posible y me alisé la ropa. —¿Por qué no he oído la alarma cuando has entrado? le pregunté. Collin tenía un juego de llaves de mi casa, pero mi alarma debería haber sonado cuando abrió la puerta.

Sin rodeos, Collin dijo: “Supongo que estabas demasiado borracho para acordarte de ponerlo. O tal vez tuviste una visita que se fue tarde”.

Miró a su alrededor en busca de un segundo vaso, pero yo había estado bebiendo sola. Collin empezó a recoger mi desorden.

—Collin, yo lo haré, —dije—.

—No. Ve a prepararte, —dijo—. Te voy a llevar a desayunar. Es una orden.

Lo miré con tristeza. Llevaba sus habituales jeans 501 con una camiseta de Hooters, e irradiaba «no hay problema». No quería ir a desayunar con él. Quería acurrucarme en posición fetal. Quería dormir y estar sola. Quería estar tan quieta a punto de no existir.

Me miró, inmóvil en el sofá, y algo que vio le hizo dejar la basura y volver a acercarse a mí. Me tomó de la mano y me puso de pie. Me abrazó con mi cuerpo rígido, meciéndome suavemente durante un momento. Oh, oh. Al principio, intenté contenerme, pero luego me doblé y solloqué sobre su gran hombro. Los sollozos se convirtieron en resoplidos, luego en hipo, luego en respiraciones estremecedoras. Me echó la cabeza hacia atrás con un gran pulgar bajo la barbilla y me miró a los ojos, evaluándome.

—Ve a darte una ducha caliente. Comeremos en algún sitio informal, pero me voy, contigo en el coche, en veinte minutos. Me golpeó la barbilla con los nudillos. —Rápido, apresúrate. Sabes que entraré detrás de ti si es necesario. No me obligues a hacerlo.

Con un suave empujón, me mandó al pasillo para ir al baño, y luego le oí reanudar la limpieza. Las lágrimas rodaron por mi nariz y mis mejillas. Por Dios, tendría que beber litros de agua en el desayuno, porque al ritmo que estaba llorando y con la cantidad de vodka que había consumido anoche, estaba al borde de un gran dolor de cabeza por deshidratación.

Cuarenta y cinco minutos después, tomamos asiento en el IHOP de Mockingbird Lane. Era un lugar favorito de nuestra infancia, pero hoy me di cuenta de que tenía mucho naranja chillón en su decoración, y me gustó un poco menos por ello. Collin me sorprendió cuando pidió una mesa para tres, pero no gasté energía para cuestionarlo. Entendí cuando vi el cabello de concurso de Emily en el puesto de la anfitriona. Se acercó a nosotros con unos pantalones azul marino plisados y una camisa amarilla sedosa ceñida con un cinturón de cuero que hacía juego con sus zapatos marrones.

—Hola, Katie. Me miró un momento y luego desvió la mirada.

Levanté una mano flácida en señal de saludo. Genial. Otra persona que me ve en este estado. Había rechazado mi imagen en el espejo antes de salir del apartamento, pero el breve vistazo que recibí fue suficiente. Una cola de caballo mojada. Un chándal y una camiseta viejos. Ojos hinchados y cetrina. Asqueroso.

Evitamos hablar mirando nuestros menús hasta que la camarera de mediana edad, que realmente debería haber llevado un uniforme más grande, vino a por nuestro pedido. Los músculos de mi estómago se tensaron mientras se alejaba. Estuve a punto de detenerla para añadir a mi pedido un jugo de naranja que no quería, pero no lo hice. Era inútil retrasar lo inevitable. Collin nos había reunido por una razón, y se avecinaba algo desagradable.

—Emily y yo hemos estado hablando y me ha puesto al corriente de lo que te sucede, —dijo Collin.

Esperaba que Emily se hubiera guardado algo, pero no podía culparla por preocuparse por mí. O por ceder ante Collin. Era un policía, en la buena tradición de nuestro padre, y nunca había conocido a un testigo que no pudiera descifrar, le gustaba decir.

Collin mantuvo la palabra. —Estamos preocupados por ti. Estás mal. Te estás haciendo daño.

Miró a Emily en busca de confirmación y ella se quedó mirando el tablero de fórmica blanca. Si conocía a Collin, la había arrastrado a esta pequeña intervención, y si conocía a Em, estaba muy reacia. Emily era segura de sí misma, pero el fastidiar no era su estilo.

No tenía la fuerza para luchar contra Collin en esto, y en realidad no estaba en desacuerdo con él. Yo era un choque de trenes en este momento, sin duda. Me tenía en uno de esos raros momentos en los que la mujer de voz dura no estaba cerca para defender a la frágil chica que llevaba dentro. Seguramente seguía despatarrada en mi sofá cuidando su resaca.

—Tienes razón, —confesé—. Las palabras eran polvo en mi lengua seca. —Necesito recuperarme.

—Creo que deberías ir a rehabilitación. Las palabras de Collin sonaron duras, porque esa es la única forma en que pueden sonar palabras como «ir a rehabilitación».

Así era como se sentía Amy Winehouse. Y ahora estaba muerta. Algo para pensar en ello. Excepto que yo no era Amy Winehouse.

—He estado deprimida, sí, y he bebido demasiado, pero sólo durante unas semanas. No creo que eso justifique la rehabilitación. La idea de hablar de mis problemas con toda esa gente alcohólica me producía claustrofobia. Puede que Alcohólicos Anónimos funcione para la mayoría de la gente, pero a mí no se me dan bien las actividades en grupo. Además, yo no era una alcohólica.

—Estas tres últimas semanas han sido especialmente malas, pero llevas mucho más tiempo en este camino, —dijo Collin. —Como un año. ¿Puedes reducir o dejar de hacerlo? Apuesto a que ya lo has intentado, ¿no? Evité su mirada. —Y apuesto a que no funcionó.

—No, imbécil, no lo he hecho, casi dije. Casi. En lugar de eso, dije: “No lo he intentado. Sé que puedo, cuando esté listo”.

Mi omelet de cheddar llegó, pero no tenía hambre. Ninguno de nosotros tocó nuestra comida.

—Admito que tendría problemas para parar aquí en Dallas si lo intentara. Cuando lo intento. Pero sé que, si pudiera salir de mi vida durante unas semanas, podría tener esto bajo control. Estoy dispuesto a empezar con eso. La rehabilitación no es para mí. Tal vez si me sacas de una cuneta algún día, pero no ahora.

—Bien. Te daré una oportunidad, hermana, así que hazla valer. ¿Tienes algo en mente? Preguntó Collin.

Aspiré todo el aire que pude, y luego exhalé a la fuerza hasta que mi estómago se hundió. — San Marcos. Necesito cerrar lo que pasó con mamá y papá. Empecé a llorar, y luego me lo tragué. Abrí la boca para hablar, y las lágrimas comenzaron de nuevo.

—¿Estás segura? —preguntó Collin.

Asentí con la cabeza y utilicé el lado limpio de mi servilleta de papel para limpiarme los ojos. Cuando levanté la vista, una joven negra me llamó la atención, en parte porque me estaba mirando fijamente, y en parte porque estaba descalza en IHOP y su ropa parecía ciento cincuenta años fuera de lugar. Ahora tenía un problema. Drogas, por lo que parece. Una candidata total a la rehabilitación. Yo no. Volví a limpiarme los ojos y cuando los abrí, ya no estaba. No había nada en absoluto. Me estaba volviendo loco. Tragué aire.

Necesitaba desesperadamente alejarme. Este viaje, esta rehabilitación en solitario o mini sabática o lo que fuera, sería una bendición.

Así que acordamos que me iría. Inmediatamente. Mañana mismo. Vaya. Un poco antes de lo que había previsto, pero Collin insistió y Emily prometió ayudarme a conseguirlo. Collin y yo nos dimos un apretón de manos cuando me dejó en mi apartamento, y Emily estaba justo detrás de nosotros.

Emily y yo llegamos al trabajo en Hailey & Hart a media mañana, después de haberme puesto un conjunto de pantalón de verano de color crema adecuado para el trabajo. No hicimos mucho más que reservar mi viaje y despejar mi agenda para ello. Hablé con Gino sobre los días de vacaciones, esperando que discutiera conmigo, pero no lo hizo. Me dio una palmadita en la mano. Uf.

—El tiempo libre te vendrá muy bien, —dijo—. Has trabajado mucho este año en circunstancias difíciles, y necesitas recargarte y sacar lo mejor de ti.

Genial. Eso era el lenguaje del jefe para decir “eres un desastre, lárgate de aquí”. Bueno, lo era. Un desastre humillado. Mañana no sonaba demasiado pronto para salir de eso después de todo.

A petición de Collin, Emily me cuidó durante la noche, dejando a su marido solo en casa. Emily era una amiga mucho mejor de lo que yo merecía, pero en su día había hecho su papel cuando Rich rompió temporalmente su compromiso. La vida en equilibrio.

A última hora de la tarde, finalmente mencioné el nombre que nadie había pronunciado en todo el día. —Si Nick pregunta dónde estoy, por favor, dale la versión sesgada.

Emily estaba sentada en un taburete, y yo estaba de pie al otro lado de la barra de mi cocina. Ella se inclinó hacia mí. —Ni siquiera vayas allí. Nick ha actuado como el maldito Heathcliff en Cumbres Borrascosas contigo desde Shreveport. Vamos, chica. Déjalo ir.

Hoy estaba recibiendo muchos mensajes encubiertos. Este era «no le gustas tanto». Ouch, pero tenía razón.

Pero, ¿podría dejar mis sentimientos hacia él aquí y realmente ir a San Marcos con la cabeza despejada? Di vueltas en la cama durante toda la noche, con imágenes de mis padres y de Nick.

Cinco

Aeropuerto Internacional DFW, Dallas, Texas

17 de marzo de 2012

—Por favor, apague y guarde todos los dispositivos electrónicos en este momento, llegó la voz de la azafata por el sistema de alto parlantes de American Airlines. Mierda. Estaba escribiendo un correo electrónico a Emily en el que le prometía una cena de costillas de Del Frisco's, que yo invitaba, si retiraba las sobras de sushi de mi nevera, pero me dio tiempo a pulsar Enviar.

Me había acomodado en mi asiento de primera clase de camino a San Marcos con mis cosas esenciales a mi alrededor: el pasaporte, el portátil Vaio rojo, el iPhone en su caja Otter con estampado de cebra. Sé que Dell y Blackberry son las tecnologías preferidas por la mayoría de los abogados, pero me gustaba sentirme orgulloso de no ser como los demás. Por supuesto, últimamente estaba haciendo honor al peor de los estereotipos de los abogados: el de los bebedores empedernidos. Mal por mí.

El correo electrónico que había enviado ayer a mis amigos no profesionales explicaba mi repentina desaparición como unas vacaciones. Podían imaginarme tomando piñas coladas en la playa y bailando toda la noche al ritmo de la música calipso con un sexy hombre de las Indias Occidentales, recuperando mi ritmo como Stella. Emily se encargaría de un anuncio de trabajo similar para mí esta mañana.

Hablando de hombres antillanos, el ligeramente barrigón que estaba a mi lado en primera clase intentaba leer mi pantalla. Lo alejé de él. ¿Dónde estaban sus modales de primera clase?

Volví a prestar atención a mi correo electrónico. ¿No debería decírselo yo misma a Nick? Tal vez había actuado como Heathcliff, pero hasta Shreveport, le habría enviado una nota coqueta sobre mi viaje. Si desapareciera, querría saber por qué. Por el hecho mismo, ¿no lo haría? Bajo las garras de este lapsus lógico, le envié un rápido correo electrónico.

Para: nick.kovacs@haileyhart.com

De: katie.connell@haileyhart.com

Asunto: Viaje

Nick:

Te hago saber, en caso de que notes mi ausencia, que estoy de vacaciones en el Caribe. Vuelvo en una semana. Emily se encargará de mis casos mientras estoy fuera. Y Nick, lo siento. Por todo.

Katie

Le había prometido que le diría la verdad desde Shreveport en adelante. Bueno, fui más bien sincera, porque esto era una especie de vacaciones. Cerré los ojos con el dedo en «Enviar», vacilando.

—Señora, tendrá que apagar eso y guardarlo ahora. La azafata de cabello gris se inclinó, con una sonrisa tensa en la cara. Cómo debe odiar repetir esas palabras una y otra vez cada día a gente como yo, que miente, engaña y roba para conseguir unos preciosos segundos más de tiempo de vuelo antes del despegue. Sin embargo, esta vez fui una buena chica.

—No hay problema, —dije—. Pulsé «Enviar» y apagué la pantalla. Bueno, algo así como una buena chica. Me reacomodé en mi asiento, sacando mi largo vestido púrpura de una incómoda torsión bajo mis piernas.

—Me llamo Guy, —dijo el hombre que estaba a mi lado. Me ofreció su mano.

¡No! Quería dormir. Le tomé la mano (su mano muy suave, suave como la de los cuidados intensivos con vaselina) y le dije: “Katie. Encantada de conocerte, y luego rompí el contacto visual. Incliné la cabeza hacia atrás”. —No pienses en la caspa, los piojos y otras asquerosidades de la cabeza, me dije. Inmediatamente no pude pensar en otra cosa.

Un niño pequeño gritó. Giré la cabeza hacia el respaldo del asiento para encontrar al culpable. Un joven padre viajaba solo con un niño en la primera fila del avión. Esto no presagiaba nada bueno.

La azafata había vuelto. Su piel parecía más joven que su cabello, y sus ojos eran brillantes. — ¿Puedo ofrecerle una bebida antes de que despeguemos, señora?

Estaba ansiosa después de enviar el correo electrónico a Nick. El niño rebelde y el posible problema de los piojos me ponían de los nervios. Me dirigía a conquistar demonios y a enfrentarme a problemas personales en un entorno extranjero. Incluso un bebedor responsable pediría un cóctel en primera clase en estas condiciones.

—Bloody Mary, —dijo alguien. —Yo. Oops.

—Por supuesto, señora.

Bueno, no estaba en el resort, ni siquiera estaba en San Marcos todavía. Si realmente lo pensabas, esta era la cuenta atrás, pero la bola no había caído. No necesitaba descansar de la bebida hasta llegar allí. Además, ¿para qué servían los ascensos de vuelo a primera clase si no eran las bebidas gratis? Claro, te servían un tazón de frutos secos mezclados en el microondas y te daban una toalla de mano caliente con un par de pinzas de cocina, tal vez incluso te daban una galleta de chocolate pegajosa si tenías suerte, pero la bebida era lo que importaba.

—Que sean dos, —dijo mi nuevo amigo Guy. Se inclinó ligeramente hacia mí y dijo: “Eso ha sonado perfecto. He estado en Los Ángeles para reunirme con productores de televisión para rodar un programa en San Marcos. Muy cansado”.

—¿No es bonito? —dije.

Cuando aterrizamos en San Marcos, todavía me sentía achispado por las libaciones del vuelo. Le deseé a Guy una cariñosa despedida y le mentí tanto sobre mi apellido como sobre el centro turístico en el que me alojaba, para asegurarme de que no volvería a verlo accidentalmente.

Tomé asiento en la furgoneta taxi para el Peacock Flower Resort, moviendo la cabeza apreciativamente al ritmo de «I Shot the Sheriff» de Bob Marley. Cuando llegué al hotel, era aún más hermoso de lo que había imaginado. Se alzaba orgulloso, de estuco rosa, de dos pisos, rodeado de palmeras reales. Podía ver por qué a mis padres les había encantado alojarse aquí. Cuando pasé por la entrada, el portero me entregó un vaso de plástico transparente con ponche de ron y un gran trozo de piña al lado. Fruta. La cena. La gente aquí era perfectamente encantadora.

Me registré y el recepcionista envió al joven más simpático para ayudarme a llegar a mi habitación. Me refrescó el ponche de ron antes de salir. —Un largo y sediento camino hasta su habitación, señorita, dijo con un guiño. Su acento era delicioso.

Mi habitación estaba justo en la playa, pero escondida en un bosquecillo de palmeras para mayor privacidad.

—Mucha gente famosa se aloja en esta habitación. Me miró intensamente. —¿Debería conocerte? Es usted muy guapa, señorita. ¿Es usted modelo?

Decidí pasar por alto el hecho de que estaba haciendo este comentario sólo momentos antes de dejarme en mi habitación, por lo que fue idealmente programado para coincidir con mi decisión sobre la propina. Le dije: “Vaya, gracias, y le puse un billete de veinte dólares en la mano”. Hizo una media reverencia de agradecimiento y me deseó una “buena tarde”.

Observé mi entorno. Ah, bien, la zona del escritorio estaba bien. Puse mi bolso en el suelo junto a él y cuadré mi portátil perfectamente, como me gusta. Comprobé mi teléfono. Había perdido la carga. Busqué en la bolsa del portátil el cargador del teléfono y lo conecté. Dios sabe cuánto tiempo había perdido esperando mensajes con un móvil muerto. Probablemente, justo cuando Nick me habría respondido por correo electrónico, también. Desempaqué el equipaje mientras el teléfono reunía suficiente energía para conectarse.

Continué mi visita a la suite. En la página web del complejo se decía que la bañera era lo suficientemente grande para dos personas, y así era. Lo suficientemente grande como para albergarme a mí y a mi malvado alter ego de lengua afilada que bebía demasiado. Los azulejos de mármol de color tierra, de diferentes tonos, texturas, tamaños, formas y patrones, llenaban el baño. Debería haber sido demasiado, pero no lo fue. Era impresionante.

La gama de colores tropicales apagados del resto de la suite contrastaba con los tonos naturales del cuarto de baño. Era lo mejor del exterior llevado suavemente al interior. Los muebles y el ventilador de techo eran de bambú, la ropa de cama era de algodón egipcio a rayas de color marfil de lo que parecía un recuento de 1000 hilos, cubierto por un edredón mullido de color crema. Me moría de ganas de entrar y revolcarme en esas sábanas, de frotar el algodón crujiente en mi piel. La mayor parte del color de la habitación (amarillos brillantes, verdes palmito y fucsia) procedía de esquejes frescos de plantas y flores locales.

Un conjunto de puertas francesas se abría desde el dormitorio a un patio embaldosado con adoquines de travertino de color almendra. El patio se extendía hacia un corto césped salpicado de cocoteros que terminaba en un acceso privado a la playa. Más allá de la amplia playa estaba el mar Caribe, de color turquesa y zafiro. Sonreí. Esto estaría bien.

Mi iPhone se había cargado lo suficiente para una descarga de datos. Lo tomé y revisé mi correo electrónico. Mi secretaria había enviado algunas preguntas, y Collin y Emily me habían pedido que les hiciera saber que había llegado bien. Así lo hice, y me desplazé por más mensajes, la mayoría de ellos basura. Y entonces llegué a uno que me cortó la respiración: una respuesta de Nick.

Bajé el iPhone hasta que pude respirar con normalidad. Me limpié las palmas de las manos en la falda morada y volví a levantar el teléfono. No era para tanto. Estaba bien. El cuerpo del correo electrónico era breve:

«ok»

—Ok... ¡¡OK!! Dos letras minúsculas, una palabra. No es exactamente mucho para mí. Podría haber borrado mi correo electrónico sin leerlo. Podría haberlo leído y no haber contestado. Podría haberlo leído y haber contestado diciendo algo grosero (¿«ok» era grosero?). O podría haberlo leído y haber contestado con algo positivo, como «Te veré cuando vuelvas» o «Buena suerte». Mi cerebro empezó a acelerar por sus conocidos caminos de Nick, un aspirante a NASCAR por un parque de remolques. Esto no era bueno.

Vací mi ponche de ron y comí mi cena de guarnición de piña. Miré en la mini nevera. El premio gordo. Una jarra entera de ponche de ron me esperaba dentro. Por desgracia, no había fruta. Sin embargo, el zumo de fruta era lo suficientemente saludable. El ponche de ron sería un perfecto sustituto isleño de los Bloody Mary. Me serví un vaso.

Nick. El increíblemente frío imbécil. Luché conmigo misma para no contestarle. Me bebí el ponche de ron. Luché conmigo misma un poco más. Bebí un poco más. Y entonces me decidí. Me iba a ir de allí. Tomé mi bolso, el teléfono y la llave de la habitación y me dirigí al bar que había visto durante el registro.

El bar era un patio cubierto en la cima de la colina con vistas a la playa y al océano. Subí los escalones de piedra y me encontré con una buena multitud alrededor de la barra de caoba y en las mesas redondas repartidas por el suelo de baldosas. Unas cuantas personas bailaban, cerca y con sensualidad, al ritmo de una banda de reggae que sonaba bastante bien. Tocaban una canción sobre los noventa y seis grados a la sombra. La cantante gruñía el estribillo: «Real hot, in the shayy-ade». Me senté en la barra y me giré para verlos cuando el camarero rubio me dio mi Bloody Mary. Después de un sorbo, me di cuenta de que estaba mal y pedí un ponche de ron.

—¿Estás tirando una bebida perfectamente buena? ¿Qué te pasa, muchacha? La voz pronunció “chica” como «checa». Hice una doble toma, y luego me di cuenta de que era la cantante.

—He cambiado de opinión, —dije—.

—A no ser que tengas alguna enfermedad espantosa, puedes darme esa cosa, —dijo ella. Kyan, dame esa cosa.

Le acerqué el vaso, luchando contra el miedo a compartir la desconfianza con una desconocida. No quería parecer descortés. —He bebido un sorbo, le advertí.

Sacó la pajilla de la bebida y la tiró hacia el cubo de basura que había detrás de la barra. Ella falló. —Gracias. Tanto canto me provoca sed. Ella extendió su mano. —Soy Ava.

Tomé su mano y la estreché. —Katie.

—Mi gente se levanta y se va antes de que terminemos nuestro último set. Problemas.

Traté de seguirla, pero su acento cantarín me confundió. Me perdí la mitad de lo que dijo. Se apiadó de mí.

—Señor, no me entiende. Se bebió un poco de Bloody Mary. —Dije que mis compañeros de banda me acaban de dejar y ni siquiera habíamos hecho nuestro último set. Vamos a tener problemas con el dueño. Esta vez habló en el inglés de la reina, enunciando perfectamente cada palabra.

—Vaya, sí, ahora lo entiendo.

—Lo siento. Hablo en local cuando actúo, o cuando hablo con otros lugareños. Pero puedo hablar en yanqui cuando lo necesito.

—¿En yanqui?

—Hablar como un yanqui. Es como hablar dos idiomas. Hablar como local facilita las cosas e impresiona a los turistas. Es parte de haber nacido aquí.

—¿Qué significa «bahn yah»?

—En yanqui, significa «nacido aquí» o «nativo». Puedes vivir en San Marcos durante cuarenta años, pero sólo eres verdaderamente local si eres bahn yah. Lo que yo era. Ahora, le debo un trago, —dijo, indicando al camarero, —y siempre pago mis deudas a mis amigos.

Seis

Peacock Flower Resort, San Marcos, USVI

18 de marzo de 2012

A la mañana siguiente me desperté en mi tumbona, completamente vestida con mi maxi vestido del día anterior. Misma canción, diferente verso. Pero estaba aún más disgustada conmigo misma que de costumbre. Estaba aquí para investigar la muerte de mis padres y enderezarme, lo que se suponía que incluía dejar de beber. Y pensar en algo más que en Nick. Parecía que todo lo que había hecho era traer mi equipaje conmigo a este mundo, y que estaba dispuesta a convertir el presente en más pasado. Bien hecho, yo.

En un momento de pánico visceral, recordé parte de la noche anterior. El correo electrónico de Nick. El ponche de ron. El bar del hotel. ¿Le había enviado otro mensaje? Por favor, no.

Me levanté de golpe, con el corazón palpitando en mis oídos. El agua azul se burlaba de la arena marrón de la playa frente a mí. A lo lejos, dos niños pequeños jugaban con cubos en la línea de flotación. Por encima, el sol de la mañana brillaba a través de las hojas de las palmeras para besar la alfombra de hierba frente a mi patio. La serenidad de mi retiro me reconforta. Todo iría bien.

Encontré mi teléfono a mi lado y revisé los mensajes y correos electrónicos enviados en mi iPhone. Nada, gracias a Dios. Anoche había metido la pata. Hoy, sin embargo, empezaría a investigar el misterio de la muerte de mis padres y volvería a empezar en el terreno personal. Después de unas horas más de sueño. Me replegué de nuevo en mi silla.

—Señora, chica, nos divertimos como estrellas de rock, —dijo una mujer. Una mujer casi a mi lado, por lo que parecía.

Me senté de nuevo, aún más rápido. Reconocí la voz ronca. El nombre de la mujer a la que pertenecía estaba en blanco para mí. Lo busqué. ¿Abigail? ¿Ariel? ¿Eva? No. Ava. Era Ava.

Forcé una risa. —Sí, supongo que lo hicimos. Lo que puedo recordar de ello.

Miré hacia la tumbona del otro lado del patio y, efectivamente, allí estaba Ava. Se puso de puntillas y estiró los brazos hacia el cielo, algo que se hace mejor con un atuendo que no sea un minivestido de licra amarillo. Desvié la mirada. Terminó y se dejó caer en su silla, tirando de su ojo.

—Así que, supongo que será mejor que comencemos, —dijo—, y dejó un juego de pestañas postizas sobre la mesa del patio y comenzó a trabajar en el otro ojo. —Aunque yo voto por un barril de agua y dos Excedrin con un lío de huevos primero.

No tenía ni idea de lo que esta mujer estaba hablando. Intenté sacudir las telarañas de la resaca de mi cabeza. ¿Debería preocuparme? Había leído sobre piratas y ladrones en el Caribe. Quizá fuera una estafadora de algún tipo. Podría, en esencia, ser su prisionero. Era una exageración, pero era posible. Algo empujó mis células cerebrales hacia la memoria, y luego se desvaneció.

Ava siguió hablando. —Conozco al cocinero del restaurante. Nos ha puesto en contacto. Ava buscó el teléfono en la mesa del patio a su lado.

Escuché su pedido en su dialecto isleño. Había continuado con sus abluciones mientras hablaba por teléfono (quitándose los pendientes, la pulsera y el collar) y volvió a levantarse cuando terminó la llamada.

—Apresúrate, Katie. Nos esperan en la estación. Se quitó el vestido con un único y fluido movimiento, revelando unas curvas impecables de color café con leche contenidas por un sujetador y unas bragas de satén con estampado de leopardo. Mis manos encontraron mis propios huesos de la cadera, Pippi Calzaslargas junto a su Beyoncé. Se metió en mi habitación.

Apreté la mandíbula y me concentré en sus palabras. Comisaría de policía. Sí. Eso era. Me vinieron a la mente retazos de nuestra conversación de la noche anterior, en los que le contaba a Ava mi búsqueda de lo que les había ocurrido a mis padres, y su llamada a un agente de policía con el que solía salir o que quería salir con ella o algo así. Sí. Eso era. Lo recordé. Alivio.

Volvió a asomar la cabeza por la puerta mientras se recogía su largo y rizado cabello negro en un copete. —¿Te importa si uso la ducha primero?

—Está bien, —dije—.

Levantó una ceja. —¿Te encuentras bien?

Me puse en pie de un salto. —Por supuesto. Démonos prisa con las duchas e intentemos terminar antes de que llegue el servicio de habitaciones—.

—De acuerdo, —dijo, y desapareció de nuevo.

Incliné la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y me pellizqué el puente de la nariz. El hecho de que me acordara de la noche anterior no hacía que hoy fuera necesariamente una buena idea. Ni siquiera conocía a Ava. ¿Era esto una locura? Volví a levantar la cabeza a su posición normal.

Bueno, estaba a punto de averiguarlo.

Siete

Peacock Flower Resort, San Marcos, USVI

18 de marzo de 2012

—No puedo creer que lo dejes todo para ayudarme, —dije—.

Ava había metido sus curvas en un top de bikini y una minifalda de jean azul, ambos de mi propiedad, y luego se puso una de mis camisas con botones y se ató los costados por encima del ombligo. Estaba descalza.

—La mejor oferta que tengo por hoy, —dijo—. Acabo de volver a la isla hace seis meses. Hago lo de bailar, cantar y actuar en Nueva York, pero mis padres están envejeciendo y, bueno, no puedo estar lejos de San Marcos para siempre. Se te mete en la sangre—. Tomó su teléfono, buscó hasta encontrar lo que quería y me lo entregó. Había sacado una foto de ella misma de pie entre un hombre blanco mucho mayor y una mujer de piel oscura que dividía la diferencia entre su edad y la de Ava. —Mis padres, —explicó—. Así que puedo entender por qué están aquí. Si le pasara algo a mamá o a papá, yo haría lo mismo.

Le había dicho mucho anoche, parecía.

—Son hermosos, —dije—. Eres una mezcla perfecta de ellos. Le devolví el teléfono.

Y lo era. Ava gozaba de sensualidad y, con su piel color café con leche y su cabello negro ondulado, podía pasar por casi cualquier raza. Italiana, egipcia, mexicana o todo lo anterior. Era una mezcla que funcionaba.

Sacó un lápiz de labios de su diminuta cartera y entró en el baño, sin dejar de hablar. —Sí, son geniales. De todos modos, estoy en casa, pero no hay mucho trabajo en la isla para actrices de teatro formadas en la Universidad de Nueva York y especializadas en musicales de Broadway, y ninguna otra habilidad empleable.

Levanté la voz para que pudiera oírme en el baño. —Me siento identificada. Me especialicé en canto en la universidad antes de espabilarme. Me pasé tres años oyendo lo poco que ganaría con la música.

—¿Cantas? Chica, ¿por qué no me lo dijiste anoche? Podríamos subirte al escenario.

— De ninguna manera, —dije, y me reí. —Eso fue hace mucho tiempo.

—No significa nada. Bueno, de todos modos, me alegro de que estés aquí. Esto es mucho mejor que ver Oprah con mamá. Ava volvió a entrar en el dormitorio y se quedó con las manos en la cadera, estudiándome. —El hecho es que creo que estás bien.

Me gustaba, aunque fuera mi polo opuesto. Y me encantaba escucharla, incluso empezaba a entenderla mejor. «Da» era «el» y «dere» era «allí», por ejemplo. No era tan difícil.

Le dije: —Bueno, de nuevo, gracias por ayudarme.

Ava puso su pie junto al mío y ladeó la cabeza. —Necesito unos zapatos. Todo lo que tengo son los «zapatos de mujerzuela» que me puse anoche. Mis pies son bastante grandes, así que tal vez si probamos el zapato más pequeño que tengas.

Su palabra «mujerzuela» me sacudió un poco, gracias a la educación de mi madre, maestra de jardín de infantes, pero no me ofendí por mis pies. Yo era diez centímetros más alto que ella. —¿Qué te parecen estos? —le pregunté, lanzándole unos le pregunté, lanzándole unas sandalias de tiras de Arrecife que eran media talla menos de la que debería haber comprado.

Ella deslizó sus pies dentro de ellas y adoptó una pose de compra de zapatos. —¿Qué te parece?

—Creo que te ves mejor con mis cosas que yo, y será mejor que nos vayamos o empezaré a odiarte por ello.

Se rió y pasó un brazo por el mío. —Sí, o te voy a odiar por hacer que mi trasero parezca más grande de lo que ya es, —dijo, golpeando su propio trasero con la otra mano. —Vamos, déjanos ir.

Ava soltó su brazo del mío. Me puse los anteojos de sol, tomé el bolso del escritorio y metí los pies en unas sandalias Betsey Johnson que, por suerte, eran demasiado grandes para mi nueva amiga. Ava me siguió por la puerta. Caminé a paso ligero por la acera, llena de energía por la magnífica mañana, hasta el coche de alquiler que el conserje había dispuesto para que me dejaran aquí.

—Baja la velocidad y «lime» (relájate), Katie. Te mueves demasiado rápido para la hora de la isla, me llamó Ava desde detrás de mí.

Abrí la puerta del precioso Malibú verde. —Lime, puedo lime. Entendido.

Mientras conducíamos, Ava me enseñó las sutilezas de los saludos en la isla, explicándome lo importante que era la mezcla para el éxito de mi búsqueda.

—No digas hola. Di buenos días, buenos días y buenas noches. Dilo cuando entres en una habitación llena de gente, a nadie en particular. No hace falta que hagas contacto visual. Haz una pausa larga después de decirlo, y dale a la otra persona la oportunidad de responder y de preguntar educadamente por tu salud y tu familia. Entonces, y sólo entonces, ve al grano. Si no haces esto, no consigues nada.

—Sí, señora, —dije, y saludé.

—Lo digo en serio. Si te mueves rápido, hablas rápido y no dices las cosas correctas, un caribeño sólo finge escuchar, y crees que las cosas van bien cuando no es así.

Contuve la risa. —Sé que hablas en serio, y agradezco la ayuda.

—Aun así, deja que sea yo quien hable.

No se me daba muy bien dejar que otra persona hablara por mí, pero lo intentaría.

Estábamos en el centro de la ciudad y me desvié para evitar una limusina que salió de un aparcamiento justo delante de mí. Al girar a mi izquierda, sentí un crujido bajo uno de mis neumáticos. Toqué el claxon. Ya era bastante difícil conducir por la izquierda sin esto. Dirigí mis ojos al espejo retrovisor y leí la matrícula al revés. Matrículas personalizadas. Me lo imaginaba. Decían: «BondsEnt».

—Ese es mi futuro marido, —dijo Ava, señalando hacia la limusina.

—¿En serio?

—No, es lo suficientemente rico como para mantenerme.

Una cuadra después, escuché un golpe, golpe, golpe. Una rueda pinchada.

—Mierda, —dije, deteniéndome.

—Domingo por la mañana, —dijo Ava, como si eso me explicara algo. Debí mirarla como una pregunta, porque añadió: “Cristales rotos de los fiesteros del centro”.

—Ah, dije. Porque soy profundo.

—No hay problema, —dijo Ava, y salió de un salto.

La seguí hasta la acera. Con un movimiento de su cabello por encima del hombro, pronto tuvo una multitud de hombres caribeños dispuestos a echar una mano.

—Ah, hijo, para eso son esos grandes músculos. Halagó a los que la ayudaban, agachándose para que un joven viera bien su escote.

—Puedo mostrarte para qué sirven, si me dejas, respondió.

—Señor, eres demasiado para alguien como yo. Debes tener mujeres peleando por ti día y noche.

—Eres la única chica para mí, Ava. Sólo tienes que decirlo.

Cuando el cambio de neumáticos se completó, ella se liberó de la multitud sin esfuerzo. Volvimos al coche.

—Eso fue impresionante, —dije—.

Ava se limitó a sonreír.

Seguimos conduciendo por el centro de la ciudad entre los viejos edificios de estilo danés. Predominaban los estucos y los arcos en un apagado arco iris de colores. Casi todos los edificios estaban en mal estado. A algunos les faltaban los tejados. ¿Tal vez por los huracanes? Otros sólo

tenían escombros en el lugar donde solían estar las paredes. Los lugareños merodeaban en pequeños grupos por las esquinas. Más a menudo de lo que hubiera esperado, nos cruzamos con un vagabundo que empujaba un carrito de compras lleno de tesoros de naufragio. Los turistas vestidos con camisetas se movían sin ver entre los lugareños, con las bolsas de la compra colgando de sus manos y los conos de helado pegados a sus labios.

Sin embargo, pronto atravesamos el centro de la ciudad. En su extremo, llegamos a un edificio danés de dos plantas de color azul bebé. La sede de la policía. Entramos en el aparcamiento y salimos.

Era hora de hacer las cosas bien por mamá y papá.

Ocho

Taino, San Marcos, USVI

18 de marzo de 2012

Ava nos había citado con su amiga a las 11:30. Entramos en la vieja casa convertida en comisaría con quince minutos de retraso, lo que Ava me aseguró que era oportuno, rozando el adelanto. Ava, rodando en plan terrenal y sexy, y yo, conteniendo mi habitual paso largo y sintiéndome ridículamente virginal en mi vestido blanco de verano junto a ella. Me quité los anteojos de sol y los guardé en su estuche en el bolso.

—Buenos días, —anuncié mientras entrábamos en la estación. Un coro de «buenos días» sonó como respuesta. Casi me reí. Ava miró para ver si me estaba burlando de ella, y luego me recompensó con un asentimiento de aprobación.

—Buenos días. Venimos a ver a Jacoby, le dijo a la empleada que estaba sentada en el mostrador de la entrada, interrumpiéndola de hacer casi nada.

En cuestión de segundos, Ava se vio rodeada de funcionarios serviciales, todos ellos afirmando conocer a Jacoby, ser Jacoby o ser más hombre de lo que Jacoby sería jamás. Se agolpaban en el vestíbulo del primer piso, una pequeña sala que probablemente, hace cien años, era el salón delantero de alguien. Ahora albergaba sillas plegables y una mesa de centro de laminado cubierta de revistas y periódicos bien apilados. Tomé un periódico mientras Ava celebraba el juicio, y leí distraídamente sobre la adquisición de la compañía local de telefonía móvil por parte de un gran negociante de la isla. Se llamaba Bonds. Gregory Bonds. Me reí de mi secreto divertido. Ah, sí, éste debe de ser el futuro marido de Ava, el tipo que conduce mal. Lo dejé cuando no pude soportar más las adulaciones de la reportera.

Cuando el verdadero Jacoby se presentó, me quedé sorprendido. Era un Shrek negro, no el dios isleño de ébano que me había imaginado como contrapartida a la sensual belleza de Ava. Ava soltó un chillido de niña (otra sorpresa) y le echó los brazos al cuello ante un coro de murmullos masculinos decepcionados, gruñidos y un ruido que sonaba como si alguien chupara saliva entre los dientes. Qué asco. Los demás policías se dispersaron, desapareciendo detrás de las puertas y subiendo por una escalera visible a través de un pasillo adyacente al lobby.

—Katie, este es Jacoby. Somos compañeros de escuela desde que estábamos en el jardín de infantes. Jacoby, Katie.

Extendió su mano. —Darren Jacoby.

La tomé. —Encantado de conocerle, oficial Jacoby. Soy Katie Connell.

Jacoby señaló una de las salas del lobby y nos dirigimos a ella. Abrió la puerta de madera maciza que daba a una sala de conferencias con gruesas paredes interiores de hormigón. Construida para resistir a la madre naturaleza. Había una mesa metálica plegable y más sillas plegables idénticas a las del vestíbulo. De nuevo, mi mente retrocedió a la sala hasta sus orígenes. Un dormitorio, decidí. Tomamos asiento alrededor de la mesa.

—Así que, Ava, creo que no soñé tu invitación sexual para mí anoche, —dijo—.

Si alguna vez hubo un ejemplo de que la esperanza es eterna, fue éste.

—Imaginaste en sueños esa invitación, pero sí te llamé, respondió ella. —Katie necesita ayuda. Sus padres murieron en San Marcos el año pasado, cuando estaban de vacaciones.

Apartó su atención de Ava. —Lo siento, Sra. Connell, —dijo—.

—Katie, por favor. Gracias.

Hizo un gesto para que siguiera hablando.

¿Ava había pedido hablar? Decidí que no lo había hecho en serio y tomé el relevo. —La policía nos dijo a mi hermano y a mí que nuestros padres habían muerto en un accidente de tráfico. Sin ánimo de ofender a la policía de San Marcos, pero, dadas las circunstancias tal y como nos las explicaron,

nos pareció todo un error. A diferencia de ellos. Esperaba poder hablar con el oficial que trabajó en el caso, y tal vez ver el expediente. Aclarar mis dudas, llegar a un acuerdo, le expliqué.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Sabes el nombre del agente? —preguntó.

—No lo sé, —dije—. Lo siento. Collin lo haría. Debería haberle preguntado.

—¿Se llaman Connell? —preguntó.

—Sí. Frank y Heather Connell.

Sin otra palabra, empujó su silla hacia atrás. Uno de los pies había perdido su almohadilla, y hacía un ruido de raspado que me recordó a Shreveport, y a Nick. Jacoby salió de la habitación.

—Eso fue brusco, le dije a Ava.

—Tienden a cerrar filas, especialmente si no son nativos, —dijo Ava. —Por eso te dije anoche que me necesitas contigo, y tenemos que trabajar con Jacoby, al menos todo lo que podamos.

Se me ocurrió una idea. —Espero que no fuera el oficial del caso. Si lo era, acababa de acusarlo de meter la pata.

Ava estaba sentada con una sonrisa de Mona Lisa en los labios. Los segundos avanzaban en el reloj de pared que había detrás de ella. Pasó un minuto, luego otro, y luego otro. Ava sacó su teléfono y empezó a jugar con él. Aparté la mano de la boca y me di cuenta demasiado tarde de que me había arrancado la cutícula del dedo índice. Una gota de sangre brotó.

Entonces Jacoby volvió, con sus cerdas llenando la habitación. Llevaba una carpeta bajo un brazo y un pequeño papel en la otra mano.

—He hablado con mi jefe, el subjefe. Tutein. Me ha dicho que te dé esto. Habló en yanqui, en lugar de su anterior local. Me entregó el trozo de papel con flecos a lo largo de uno de sus lados que hablaban de su origen de cuaderno.

Leí las palabras escritas a lápiz: Walker, 32 King's Cross. —¿Es este el nombre del oficial? —pregunté.

—No, el oficial que trabajaba en el caso se ahogó hace once meses, —dijo Darren, con la voz ennegrecida por una calma absoluta. No ofreció más detalles. No pregunté.

—Lamento escuchar eso. ¿Y el expediente? ¿Podría verlo?

Me fulminó con la mirada. —Sólo fue un incidente de tráfico. Se frotó la nuca con una mano. —Tenemos un informe del accidente. Le hice una copia. Quizá el forense tenga más.

Extendió el archivo y lo abrió. Una página. La saqué con cautela, mis ojos rastrearon los nombres de Frank Connell y Heather Connell. Escaneé el resto hasta que llegué al nombre del agente de policía que respondió. Escribía con pulcritud Michael Jacoby. Firmado con una estrecha inclinación hacia delante, decía George Tutein. Jacoby. Pero no este Jacoby, porque este Jacoby (Darren) estaba muy vivo.

—Walker es un investigador privado, el único en San Marcos. Tutein dice que Walker conoce a todo el mundo que necesita saber en la isla, y trabaja para un par de los mayores negocios de aquí. Quizá pueda ayudarte. Jacoby empezó a retroceder. —Pero tus padres murieron en un accidente de tráfico. No parece que haya mucho que puedas encontrar.

—¿Entonces no hay nadie aquí con quien pueda hablar? Un fuego furioso surgió en mi interior y se extendió.

—Sólo Michael. Y está muerto. Miró a Ava. —Me alegro de verte. Giró sobre sus talones y se fue.

Mis mejillas y orejas se encendieron. Todo esto me hizo saltar la alarma. Abrí la boca, pero Ava se llevó el dedo a los labios. La cerré y apreté los dientes. Hizo un gesto con la cabeza hacia la salida y se dirigió a ella, llamando a todos los que estaban a su alcance: "Buenas tardes a todos".

Un muro de calor húmedo me recibió en la puerta, pero lo atravesé, impulsado por mi frustración. Dos agentes pasaron por delante de nosotros y entraron en el edificio, y luego nos quedamos solos. Entrecerré los ojos y busqué mis anteojos de sol.

Teniendo en cuenta su amistad, bajé mi temperamento. —Ava, sé que es tu amigo, pero ¿no te parece que me ha puesto a prueba? Sé que no soy de aquí, pero eso me pareció mal.

Los ojos de Ava se desviaron a izquierda y derecha. —Cállate, Katie. Las cosas son diferentes aquí que en los Estados Unidos.

Abrí la puerta del automóvil y abrí las cerraduras. Entramos.

—Déjame ver ese informe, —dijo Ava.

Se lo entregué. No había mucho que ver. Un accidente de coche, por un acantilado y hacia las rocas de abajo. El conductor y el pasajero murieron. Mis padres.

Sin levantar la vista del papel, Ava preguntó: “¿Por qué estás tan seguro de que sus muertes no fueron un accidente?”

—No estoy seguro. Creo mucho en la intuición, y es una sensación que tengo, por pequeñas cosas que no tienen sentido. Como que mi madre siempre llevaba el anillo de boda de mi abuela, pero la policía nunca lo encontró. Ni en ella, ni en sus cosas en el hotel. Pensé que era extraño. Además, hablé con mis padres esa noche. Habían ido a cenar y volvían al Peacock Flower. Me llamaron mientras conducían. Sonaban muy bien. Y luego estaban muertos. Mierda. Mis ojos empezaron a gotear.

—OK, OK. Aquí dice que tu padre estaba muy borracho. Su discurso se había vuelto más formal. Más yanqui.

—Sí, esa es la otra cosa que me molesta. Mi padre era un alcohólico recuperado. No parecía estar borracho cuando hablaba por teléfono con ellos. Y no puedo imaginarme a mi madre dejándole beber. Mi madre había trabajado durante veinte años con niños de jardín de infancia, un trabajo que, según ella, hacía que el trabajo con mi padre fuera pan comido. Tenía dos partes de ternura y dos partes de firmeza. Sólo el regalo sorpresa de Collin había desbaratado sus planes de convertirse en abogada.

—¿Tal vez no lo sabía? Ava sugirió.

—Tal vez. No lo sé. Todo es posible. Hice una confesión. —Eso es lo que piensa mi hermano. Collin. Es un oficial de policía. Cuando mis padres murieron por primera vez, llamó y habló con un oficial de aquí. Collin dijo que era simpático, que era servicial, y que dijo que lo veían todo el tiempo en San Marcos, turistas conduciendo ebrios y metiéndose en malas situaciones. Collin pensó que quizá papá había recaído y lo estaba ocultando (la bebida) a mi madre.

Ava puso su mano en mi antebrazo. —Odio decirlo, Katie, pero los turistas y los conductores borrachos son lo mismo para nosotros.

Eso no ayudó a que mis ojos gotearan. —Pero tu amigo actuó muy raro. ¿No lo crees?

Ella me miró, y sus ojos eran suaves y tristes. —¿El oficial de este caso que murió? ¿Michael Jacoby? Era el hermano de Darren. Su hermano menor.

—Lo siento. Dios mío, lo siento mucho. Estoy haciendo todo sobre mí. Yo...

Un fuerte golpe en la ventana detrás de mi cabeza me interrumpió. Grité y salté en mi asiento, golpeando mi cabeza contra el techo. Ava también jadeó.

Me giré para ver la cara ancha de Darren Jacoby enmarcada en mi ventanilla. Empecé a bajarla, pero los botones no respondían. Sólo entonces me di cuenta de que estábamos sentados en un coche caluroso sin las ventanillas bajadas ni el aire acondicionado encendido. Introduje las llaves y encendí el motor, luego bajé la ventanilla.

Ava se inclinó hacia mí, de nuevo en plan local. —Jacoby, nos das un buen susto.

No sonrió. —Quería decirte, me miró directamente, —que siento lo de tus padres. Sé que es duro perder a un ser querido. Sé que hace que te hagas preguntas. Pero mi hermano es un buen policía y confío en él. Si dice que murieron en un accidente automovilístico, eso es lo que sucedió. Volvió a cambiar el discurso local.

—Siento lo de tu hermano, —dije—.

Inclinó la cabeza, con los ojos bajos, y volvió a encontrarse con los míos. —Buenos días, Sra. Connell.

Volví a subir la ventanilla mientras se alejaba. Estaba más confundida ahora que antes de llegar a la comisaría. Lo mejor sería dejarlo pasar, confiar en el juicio de Collin, buscar la paz en lugar de los problemas. Lo sabía. Normalmente yo también confiaba plenamente en Collin. Pero había tenido problemas de chicas justo antes de la muerte de mamá y papá. Su prometida lo había dejado por una mujer, y él no era el mismo entonces, distraído con sus propias cosas. Si tenía dudas, se lo debía a mis padres. Los había defraudado durante un año, dejando que todo lo demás fuera más importante que mi intuición, que ellos, y mientras quedara una pizca de duda en mí, tenía que seguir adelante.

Salí de mi plaza de aparcamiento y puse el coche en marcha.

Nueve

Taino, San Marcos, USVI
18 de marzo de 2012

Quince minutos después, Ava y yo nos sentamos frente al escritorio de un tal Paul Walker en el número 32 de King's Cross Street. Su despacho era una habitación larga y estrecha con paredes y suelos de ladrillo rojo. Seguramente se trataba de un callejón o de un pasillo en otro tiempo. Estaba encajada entre una tienda de segunda mano y una tienda de discos abandonada que todavía tenía expuestos discos cubiertos de polvo y un aire de vergüenza, de fracaso. Me pregunté si habría algún tesoro escondido en sus profundidades. Probablemente no.

Walker había ido al fondo de su espacio hasta una mini nevera, de la que sacó dos botellas de agua. Utilizó la manga de su camisa para limpiar las botellas y las tapas mientras volvía a cruzar el suelo irregular entre nosotros. Las paredes se apretujaban detrás de él, haciéndole avanzar, o eso me decían mis ojos. Esto era una casa de espejos en una feria de poca monta.

—Hábleme del caso, señorita Connell, —dijo Walker mientras nos pasaba las aguas por el escritorio y se sentaba.

Sólo había trabajado estrechamente con otro investigador antes: Nick. Qué contraste el de Walker con él. La barriga de Walker parecía estar embarazada de cinco meses bajo su camiseta de Cruzan Rum. El sudor se le acumulaba en la frente. Toda su oficina olía a necesidad de una ducha. Si hubiera tenido un pañuelo conmigo, me lo habría llevado a la cara, después de limpiar mi botella de agua. Dejé la botella en el suelo a mi lado.

—Mis padres estuvieron una semana en San Marcos el año pasado. Vinieron por su cuadragésimo aniversario. Se lo pasaron muy bien y me llamaron todos los días. Una punzada de culpabilidad me recorrió al recordar la irritación que había sentido al ver su número en mi teléfono. Personas a las que quería interrumpiendo una vida que no tenía, y me irritaba con ellos. —Hicieron todas las cosas normales de los turistas. Tomaron un catamarán a uno de los cayos. Hicieron senderismo en la selva tropical. Fueron a una playa aislada a bucear. Era como si hubieran recuperado su juventud aquí. Incluso me llamaron un día y me dijeron que habían encontrado a dos personas teniendo sexo en la playa, literalmente. Mi madre se rió como una adolescente cuando me lo contó: un hombre rubio de cabello abundante y una mujer negra diminuta, me dijo. Pero le encantó. Le encantó todo lo relacionado con el viaje.

Ve al grano, Katie. Es curioso lo elocuente que puedo ser con los problemas de los demás, pero lo torpe que soy con los míos. Terminé el resto de mi historia sin entrar en detalles irrelevantes.

Los ojos de Walker se clavaron en mi cara mientras hablaba. Cuando terminé, permaneció en silencio, golpeando lentamente su bolígrafo contra los labios.

—¿Sr. Walker? ¿Tiene alguna pregunta? —pregunté.

—Oh. Lo siento. Me recuerda usted a alguien que conocía, dijo. Su comentario se arrastró por mi piel como un escorpión. —Sí, sólo algunas preguntas para ayudarme a empezar. Antes de que tus padres murieran, ¿dónde cenaban?

Me acordé de esto. Les había encantado el restaurante y volvieron a él para su última cena. —Fortuna's. ¿Lo conoces?

—Sí, es un lugar muy popular.

Mis ojos se desviaron hacia el premio a los diez años de servicio en el Departamento de Policía de Nueva York (NYPD) enmarcado en la pared sobre su hombro izquierdo. A su lado colgaba la obligada foto de la pesca en la isla, con Walker y un hombre negro igualmente grande y otro rubio aún más grande de pie en la cubierta de popa de un barco llamado Big Kahuna, los tres juntos levantando un enorme pez espada.

Ava habló por primera vez desde que nos saludamos al principio de la reunión. —Baptiste's Bluff no está precisamente en el camino del restaurante al hotel.

Walker la ignoró y continuó hablándome. —¿Fueron a algún otro sitio que conozcas esa última noche?

—No que yo sepa.

—¿El casino? ¿Un paseo a la luz de la luna por la playa, quizás?

—Lo siento, no lo sé. Tengo el informe del accidente de la policía, sin embargo. Y dijeron que el forense podría tener un informe también—. Le tendí el expediente policial y él lo tomó, lo abrió y lo puso frente a él.

—De acuerdo, se lo pediré al forense.

—Además, dudé, miré a Ava y seguí adelante. —El agente que investigó sus muertes murió poco después de ellas. Puedes ver en el informe que lo firmó un oficial diferente al que investigó. No sé si eso significa algo, pero...

Walker me interrumpió. —Lo investigaré. De acuerdo. Miró el expediente abierto y el informe policial sobre su escritorio. —Creo que tengo todo lo que necesito de usted. Hay un anticipo de quinientos dólares, para empezar.

Necesitaba hacerlo, pero ¿bastaba con extenderle un cheque a este hombre y confiar en que lo investigaría? ¿Gastar el dinero del seguro que no necesitaba me haría sentir menos culpable? Quería llamar a Nick y pedirle consejo. Quería salir corriendo por la puerta principal. Quería un ponche de ron. Quería que volvieran papá y mamá. Tragué con fuerza y saqué mi chequera.

Mientras le extendía el cheque, siguió hablando. —Mi carga de casos es muy pesada ahora mismo. Sé que no podré atenderlo hasta dentro de unas semanas. No es una emergencia, después de todo, ya que tus padres están muertos.

Otro momento en el que se le eriza la piel. Sin embargo, tenía razón. Contundente, pero razón al fin. Puse el cheque sobre el escritorio con mi tarjeta de presentación encima y usé las yemas de los dedos para empujarlas hacia él. Se abrieron paso entre el polvo de su escritorio.

—Bueno, gracias, señora Connell. Me pondré en contacto, —dijo, tomando el cheque antes de que mis dedos lo abandonaran.

Mientras Ava y yo nos levantábamos para irnos, él dijo: “Oh, una última cosa. Es mejor para mí si hablo con los posibles testigos en fresco. Interfiere con mi investigación cuando mi cliente intenta hacerlo primero ella misma. Así que, si le parece, déjeme hacer aquello para lo que me ha contratado, y usted disfrute del resto de su estancia en nuestra encantadora isla”.

—Bien, —dije—.

Y nos fuimos, tan rápido como pude salir de allí.

Diez

Taino, San Marcos, USVI

18 de marzo de 2012

Ava y yo caminamos por la acera, en silencio como un viejo matrimonio en lugar de dos mujeres que se conocen desde hace quince horas. Yo seguía caminando delante de ella, pero iba más despacio. De la vida, sin embargo, no de la limosna.

Cuando llegamos al automóvil, Ava puso las dos palmas de las manos sobre el techo. —Dime que tienes hambre y estás listo para un cóctel. Se puso un antebrazo delante de la cara y miró un reloj imaginario. —Sí, definitivamente es hora de un almuerzo tardío.

—Necesito ver Baptiste's Bluff, —dije—. Sólo necesito verlo. No creo que pueda entregar esto a Walker y dejarlo pasar sin verlo por mí mismo.

Ava adoptó una pose escénica, poniendo los brazos doblados en el aire, con los diez dedos apuntando al cielo, y gesticuló desde el hombro con un énfasis rítmico. —Pues claro que tienes que verlo. Dejó su postura dramática y se inclinó hacia mí. —Y te llevo, pero vas a tener un bocadillo de pez volador en una mano y una Red Stripe en la otra cuando lleguemos. Señaló una calle adelante y a la izquierda. —Conduce y ve por ahí.

Cuando volvimos a entrar en el caluroso Malibú, salimos de la ciudad por la sinuosa costa norte, con el azul a nuestra derecha y el verde a nuestra izquierda. Bajamos las ventanillas y nos dejamos llevar por el viento. Necesitaba un huracán para que mi sistema de tormentas saliera al aire del mar, pero una fuerte brisa costera bastaría por ahora. Pasamos por delante de un puerto deportivo. El olor a diésel y a pescado muerto fue abrumador por un momento, y exhalé por la nariz. Me quité un poco de cabello de la boca que el viento había arrastrado y tomé un sorbo de la botella de agua que había traído de la oficina de Walker. La misma botella a la que había dado un castigo con una toallita Sani-Wipe de mi bolso una vez que habíamos subido al coche.

Después de diez minutos de conducción, Ava señaló una cabaña en la playa.

—Deténgase allí, —dijo—.

La cabaña resultó ser un pequeño restaurante de comida para llevar, con un bar y algunos taburetes de playa. No había ningún nombre que yo pudiera ver. Ava se quitó los zapatos y salió del vehículo, y yo la seguí. Cruzamos la arena hasta la cabaña sin nombre y nos recibieron un par de perros.

—Retriever isleño, —dijo Ava. Les ordenó que volvieran con una voz más grave de la que le había oído usar antes, y los perros obedecieron moviendo la cola.

Ava llamó al propietario como a un viejo amigo y le dio nuestra orden. Me extendió la palma de la mano y saqué un billete de veinte. Sus ojos brillaron y me extendió la otra palma. Saqué un segundo billete de veinte. Asintió con la cabeza y puse un billete de veinte en cada una. Colocó el dinero bajo el mostrador en una cesta y se volvió a sus freidoras, hundiendo sus mejillas en el espacio donde solían estar sus dientes. No hay cambio. El paraíso no era barato.

Ava se subió a uno de los taburetes y miró al mar. Me uní a ella. Qué manera de almorzar. Podría acostumbrarme a esto. Subí los pies a la barra de apoyo alrededor de las patas del taburete y apoyé los codos en las rodillas, con la cara en las palmas de las manos.

—¿El almuerzo es siempre tan caro en esta isla? —pregunté.

—Yeah. Si no eres nacido aquí.

Me indigné. —¿Así que te habría cobrado menos de lo que me cobró a mí?

Ella resopló. —¿Él? No, él es un ladrón. Pero normalmente hay un descuento local.

Oh, bueno. No era sorprendente. Rodé la cabeza, disfrutando de unos cuantos crujidos de cuello. El agua me llamaba. —¿Te importa si meto los dedos de los pies mientras esperamos? Le pregunté a Ava.

—Adelante. Me quedo aquí y te llamo cuando salga nuestra comida.

La arena estaba tibia, casi caliente. Mis pies se hundieron con el talón por delante, lo que me retrasó. A medida que me acercaba a la línea de flotación, la arena se volvía más firme y fría. No dudé. Me sumergí en el agua, hasta los tobillos y luego hasta las rodillas. Subí varios centímetros el dobladillo de mi vestido blanco. El agua me golpeó las rodillas, luego subió por encima de ellas y me mojó los muslos. Luego volvió a salir por encima de mis piernas y sentí que la brisa entraba para secarme. Pude ver los dedos de mis pies en el suelo de arena blanca del océano y los moví. El agua regresó, levantándose mientras subía. Un banco de pequeños peces plateados se lanzó a mi alrededor, la mitad a un lado y la otra mitad al otro, a sólo unos centímetros de la superficie.

—Katie, —llamó Ava. —La comida está lista.

Podría haberme quedado allí durante horas. Pero salí del agua, salpicándola con los dedos de los pies en mis últimos pasos. Imaginando a mi madre, preguntándome si habría hecho lo mismo, si lo habría hecho aquí mismo, en esta playa. Si el anciano de la cabaña que me miraba ahora la habría visto, y desde la distancia pensó que yo le resultaba familiar. Desde mi adolescencia, la gente decía que podíamos pasar por gemelos. Mamá ponía los ojos en blanco y decía: “Se ve de lejos mi vejez”. Pero se equivocaba. Era demasiado joven para morir.

Me reuní con Ava y llevamos nuestros grasientos sándwiches envueltos en papel de cera y los johnnycakes de vuelta al coche. El johnnycake es un pan frito, el equivalente caribeño de las galletas para los sureños o las Sopaipillas para los mexicanos. Justo lo que mi celulitis necesitaba. Excepto que, en realidad, mi problema era la falta de ejercicio en los últimos cinco años desde que dejé el karate, y no el exceso de calorías. Ava también tenía dos cervezas Red Stripes heladas entre sus dedos.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Diez minutos, —dijo ella.

Condujimos otro kilómetro a lo largo del agua, luego giramos hacia el interior y hacia arriba. Odié dejar la serenidad de la costa. Los últimos ocho minutos de nuestro viaje fueron por caminos de tierra llenos de baches que se adentraban en densos arbustos cada centenar de metros.

—No es un lugar para explorar solo, —dijo Ava, señalando uno de los caminos laterales. — Está demasiado aislado.

—Sin embargo, este lugar es precioso, dije. De hecho, me sorprendió lo hermoso que era. Diferente del agua, obviamente, pero diferente en el buen sentido, un sentido que era perfecto. Los árboles eran más altos y se juntaban por encima de la carretera, creando un techo sobre nosotros y amortiguando el ruido del oleaje contra la arena y las rocas a sólo un kilómetro de distancia. Vi un brillante destello de plumas en uno de los árboles.

—¿Es eso un guacamayo?

—Sí, señor. Viven aquí arriba.

No sabía si alguna vez podría ser tan indiferente a esta flora y fauna como sonaba Ava. Me empapé de ella: orquídeas más hermosas que las flores de un invernadero que arrastraban enredaderas de color rosa intenso, rosas y framboyán que se alzaban altos y orgullosos, recordándome los acacia mimosa de mi país.

—Gira aquí, dijo Ava, y yo giré bruscamente a la derecha, de nuevo en la dirección general del agua, pero ahora a decenas de metros por encima de ella.

Condujimos un cuarto de kilómetros, luego salimos de los árboles. El cambio en nuestro entorno fue repentino, una ruptura de la tranquilidad del bosque. Mi estado de ánimo cambió con él. ¿A quién quería engañar? Mis emociones estaban a flor de piel, y mi estado de ánimo subía y bajaba en la escala más rápido que Sarah Brightman en *El fantasma de la Ópera*.

—Puedes aparcar en cualquier sitio, —dijo—.

Me detuve y aparqué, luego apagué el motor y contuve la respiración.

Llegar al lugar donde murieron mis padres fue como entrar en las iglesias pintadas del Valle de Navidad. Nuestra familia las visitó en un corto viaje por carretera a La Grange cuando yo estaba

en la escuela secundaria. En esas viejas iglesias de madera, sabía que estaba en presencia de algo sagrado y poderoso, y que, bajo sus techos, las dificultades y las bendiciones caminaban de la mano, igual que aquí, donde la selva tropical se encontraba con los acantilados. Donde la vida se encontraba con la muerte.

Ava ya estaba fuera, descalza de nuevo, y subiendo una cuesta. La seguí. Quería asimilarlo todo. Quería volver a sentir a mis padres, y quería que supieran que había venido aquí, que me habían importado. Que, si no lograba nada más en este viaje, al menos me despediría.

—Mamá y papá, los amo, susurré.

Ava superó la colina y en tres pasos había desaparecido. Aceleré. Cuando llegué a la cresta, jadeé y di un paso atrás por el repentino vértigo. El terreno se inclinó durante treinta metros y luego simplemente desapareció. Más allá no había más que cielo, hasta que se fundió con el mar Caribe en la distancia.

—No son los primeros que se desprenden de este acantilado, —dijo Ava, y se mostró solemne.

—Dios mío, dije, porque no se me ocurrían otras palabras. Me hundí en la hierba. Me senté en un montículo y traté de ordenar mis pensamientos. ¿Por qué? ¿Por qué habían venido aquí?

—Este lugar es como nuestro Lover's Lane, de una manera escarpada e inaccesible. Muchas chicas que conozco perdieron su virginidad aquí. También ha sido el sitio de unos cuantos saltos de amantes. Siempre ha tenido ese encanto romántico al que la gente no puede resistirse.

Reflexioné sobre sus palabras. ¿Era posible que mis padres hubieran buscado este lugar? ¿Una última cita en su escapada de aniversario? Me imaginé a los dos, tomados de la mano, tocándose las cabezas. Eso esperaba. Algo en mí no lo creía, pero Dios, lo esperaba.

—Adiós, mamá y papá, susurré. Volví a cerrar los ojos, conté de cien hacia atrás, intenté no pensar en nada y ofrecí mi corazón al cielo.

Once

Baptiste's Bluff, San Marcos, USVI

18 de marzo de 2012

Nos alejamos de Baptiste's Bluff y regresamos a la selva tropical media hora después. Mi equilibrio se estaba recuperando, lo suficiente como para que la belleza de las flores me envolviera de nuevo. Ahora parecían homenajes a mis padres. Arreglos conmemorativos. La selva no sólo me hizo bien a los ojos, sino que me hizo sentir más cerca de mamá y papá. Odié alejarme.

—Sabes, mi amigo da una visita guiada a la selva tropical. Lleva a su grupo desde Peacock Flower. Deberías ir con él mañana. Le llamaré para decirle que vas a ir—.

—¿Excursiones? No soy un excursionista. Sin embargo, soy un gran conductor. ¿Hay una excursión en coche?

—No. Es un botánico, y ahora te callas y te vas con él. Te cambiará la vida.

Todo este viaje ya me parecía un cambio de vida, y sólo hacía veinticuatro horas que había llegado.

Sucumbí a un ataque de sinceridad. —Por eso estoy aquí, sabes. Para cambiar mi vida. O se supone que sí, al menos, todo lo que pueda en una semana. Mi hermano insistió bastante. Cree que bebo demasiado. Estoy tratando de mirar más allá de los síntomas hacia la fuente. No es el alcohol. Son mis padres. Mis malas decisiones. Anhelando al hombre equivocado. «Bla bla bla». Me quedé sin palabras, avergonzada por las palabras que no podía volver a meter en el lugar de donde salieron.

Mi confesión no inquietó a Ava. —Casi todo el mundo huye de algo cuando viene aquí. La mayoría de las veces tienen que averiguar si huyen de lo correcto, o si lo incorrecto les sigue hasta aquí.

Su declaración fue profunda. Yo ya había terminado con lo profundo por ese día, así que me quedé callado.

Ava no lo hizo. —¿No dijiste que tu padre era alcohólico? Creo que he leído que es un rasgo genético, —dijo—.

—Sí. Tal vez. Excepto que no era alcohólico.

—Mucha gente que se muda aquí se vuelve alcohólica, —dijo—. Es un ambiente difícil para dejar de beber.

—Me he dado cuenta de eso. Por lo menos no se había centrado en que yo suspiraba por el hombre equivocado, pero estaba listo para terminar con el tema de los problemas de Katie. Ya casi estábamos de vuelta en la ciudad. —¿A dónde te llevo? —pregunté.

—Llévame a mi casa para que pueda cambiarme. Tengo una cita más tarde, pero busco compañía hasta entonces.

—¿No vas a cantar esta noche? —pregunté.

—No oficialmente.

Sea lo que sea que eso signifique.

Llegamos a la casa de Ava y me hizo señas para que entrara. Era pequeña, pero limpia. Bonita, con muebles de mimbre y mullidos cojines blancos. Me quedé mirando sus fotografías hasta que salió de su dormitorio con un vestido brillante de color turquesa tipo baby-doll con escote de ojo de cerradura. Llevaba unas sandalias blancas de tacón alto que hacían eco del ojo de la cerradura en el cuero de la parte superior del pie.

—¿Es esta quien creo que es? —pregunté, señalando una foto de una Ava más joven con un actor magnífico y reconocible.

—Sí, fui a la escuela con él en la Universidad de Nueva York. No le digas a nadie que lo he dicho, pero es gay. Todos los guapos de verdad son gays. Colocó un lápiz labial en su bolso blanco. —¿Listo?

—Depende de para qué tenga que estar lista, pero, en general, estoy lista para partir—.

—Suenas como una abogada.

—En realidad, lo soy.

—Oh, eso explica muchas cosas, —dijo en un tono de voz que implicaba que yo tenía mucho que explicar.

—Sí, sí, sí. Pero, ¿para qué se supone que estoy preparado?

—Para cantar.

Me eché a reír. —Eso es aleatorio. Y no, no estoy preparada para eso.

—Bien. Entonces dejemos que vayamos al casino. Tienen una barra de comida y bebidas gratis. No hay nada que discutir ahí, así que no lo hice.

Después de una parada en mi hotel que se alargó mucho más de lo debido cuando me puse a responder correos electrónicos del trabajo, llegamos al Casino Porcus Marinus. El casino estaba en la orilla sur, junto a un complejo turístico del mismo nombre y al otro lado de la calle de una playa plana de arena blanca. La luna llena se reflejaba en la superficie del agua ondulada. En nuestro lado de la carretera había un gigantesco edificio con forma de búnker y el mayor aparcamiento de toda la isla. Subimos los escalones hasta el búnker y pasamos por debajo de una enorme pancarta sobre la puerta que anunciaba: «Noche de karaoke».

—¿Noche de karaoke? le pregunté a Ava, con los ojos entrecerrados.

—Es el destino, —dijo ella.

Entramos y enseguida tosí. Una neblina de cigarrillos se cernía sobre los altos techos del casino. Por primera vez desde que llegué a San Marcos, tuve una sensación de medianoche permanente. No hay ventanas. Sin embargo, había mucho ruido, el ruido blanco de las campanas de las máquinas tragaperras y los rugidos que salían de las mesas de juego.

Y otro ruido. En el fondo, podía distinguir la voz de un DJ que le daba a la multitud un duro golpe en el karaoke. —¿Quién será el siguiente? ¿Qué hay de ti, guapa? ¿O usted, señor, con la camisa que le robó a Jimmy Buffett?

Ava me dio un pequeño empujón entre los omóplatos en dirección al escenario. El lugar estaba lleno, y aún no eran las nueve. Nos movimos entre caribeños cansados y algunos turistas que se tambaleaban. La mayoría de ellos parecían haber gastado mejor su dinero en una comida decente o en ropa nueva.

Un inquietante e inoportuno reconocimiento me golpeó. El Porcus Marinus no era diferente de la breve visión que había tenido del interior del casino Eldorado en Shreveport. Me sacudí. Era diferente. A un mundo de distancia, diferente. Nada de lo que avergonzarse, diferente. Levanté la barbilla en el aire.

Cuando llegamos al escenario, Ava no rompió el paso. Pasó por delante de mí hacia el DJ. —Señorita Ava, —dijo en su micrófono. Algunas personas del público aplaudieron y abuchearon. —¿Qué va a ser esta noche, señorita sexy?

—Ponme algo de No Doubt, algo de Fugees y..., se volvió hacia mí, —¿qué más?

—Soy de Texas. Dame Dixie Chicks y Miranda Lambert.

El DJ dijo: “¿Miranda qué?”

—No importa. Dixie Chicks.

—¿Son esas tres chicas rubias? —preguntó.

Estaba seguro de que les encantaría esa descripción, pero de todos modos les había ido mejor que a Miranda. —Sí.

—Sí, las tengo.

Ava lanzó su cartera a la cabina del DJ como si fuera un frisbee. Me acerqué y puse la mía sobre su mostrador. —¿Esto está bien? le pregunté.

Ya había cargado el tema «Underneath It All» de No Doubt y estaba moviendo la cabeza al ritmo de la música que salía por los altavoces y el auricular que llevaba sobre la oreja más cercana a mí. No miró hacia mí. Sus ojos estaban pegados a Ava.

—Qué demonios, —dije, y me dirigí a una mesa frente al escenario para observarla.

—¡Oh, no! —dijo ella por el micrófono. —Lleva ese trasero al escenario, chica. Su acento se había vuelto más marcado.

Ahora el pequeño público aplaudía más fuerte.

—Genial, me dije. —Soy el complemento yanqui. La turista bufona.

—No estoy rejuveneciendo, —dijo Ava, con una mano en la cadera. —Aquí.

Suspiré y me dirigí al escenario con el vestido de verano blanco que llevaba puesto desde que me vestí por primera vez esa mañana, subí los tres escalones de la perdición y me uní a ella frente al telón de fondo negro. Yo era todo ángulos rectos y esquinas afiladas al lado de su figura definida y sus curvas. Si vas a salir, hazlo con estilo, pensé, y volví a levantar la barbilla.

Ahora el público se unió a Ava, que gritó y aplaudió por mí. Me pasó el micrófono y señaló el monitor. —Canta, me ordenó.

Así que canté. Luego ella cantó, luego cantamos juntas, y fue sorprendente. Mi voz gangosa, capaz de alcanzar las notas más altas, pero demasiado fina por sí sola, se entrelazaba y engrosaba cuando se combinaba con su voz más profunda y conmovedora. Armonicé con ella, la apoyé y ella me devolvió el favor. Me relajé e imaginé que mis bordes se habían redondeado, al menos un poco. Fue divertido.

Salimos del escenario veinte minutos más tarde con una ovación de pie, que contaba a pesar de que sólo eran diez hombres borrachos y una pequeña señora de cabello azul que se había perdido en su camino de vuelta a las máquinas tragamonedas desde el baño.

—Ahora, ¿quién es lo suficientemente valiente como para seguir eso? —preguntó el DJ. La multitud le gritó: “Yo no, de ninguna manera, señor”. Puso una lista de reproducción, nos dio dos pulgares arriba y se fue a un descanso.

Me desplomé en mi silla. —Champán, le dije a la camarera que nos había seguido hasta nuestra mesa.

—Yo también, —dijo Ava.

Anotó nuestro pedido y se marchó, dándome la mejor demostración de que se está ralentizando para relajarse un poco que he visto hasta ahora.

—Somos lo máximo, Katie Connell, —dijo Ava. —Y maldita sea, eres incluso más alta en el escenario.

Hacía años que no cantaba, salvo en el coche y en la ducha. Me sentí electrificada. Vivo de una manera que el ejercicio de la abogacía no me hacía, eso era seguro. —Pateamos culos, —dije, y luego solté una risita. Pateamos traseros. Como si alguna vez hubiera dicho eso.

—Sí, señor, —dijo Ava.

Nuestra camarera volvió a pasearse hacia nosotros, con dos bebidas en una bandeja. Cuando pasó por delante de una pequeña mesa redonda al otro lado de la zona de karaoke, una mujer alargó el brazo y la agarró. Su voz se abre paso entre el ruido de la multitud.

—¿Dónde está mi bebida? La pedí hace cinco minutos.

—La traigo en breve, dijo la camarera, y retiró su brazo del agarre de la mujer.

—Quiero mi bebida inmediatamente. Esto es ridículo. ¿Dónde está su supervisor?, exigió la mujer, cuyo acento la identificaba como residente en Nueva York o alrededores.

La camarera asintió con la cabeza, sonrió y dijo: “Oh, sí, señora, saldrá enseguida”.

Volvió a caminar hacia nosotros, esta vez más lentamente. Cuando llegó a nosotros, Ava le dijo: “¿Qué? Alguien cree que es especial”.

—Es cierto, —dijo la camarera. —Está a punto de ponerse muy sedienta.

Puso nuestras bebidas en la mesa y se fue. —¿Qué te dije? Ava me dijo.

—Estoy limin’, estoy relajándome, —dije.

Bebimos nuestro champán en vasos de plástico con delfines azules saltando en el lateral. Tomé un sorbo y las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz. Volví a soltar una risita. Nunca había

bebido estas cosas. Nunca me ref. —Salud, —dije, levantando mi vaso. Ava y yo rebotamos nuestras copas en las del otro, salpicando el champán en nuestros brazos. Más risas.

—¿Está ocupada esta silla? —preguntó una voz grave. ¿Una de nuestras fans, tal vez? Sus anchos hombros tapaban el sol, guau. Pero no había sol en el casino. Bloqueaba la luz de los aparatos de iluminación cursis. La luz de fondo alrededor de la cabeza de la voz ocultaba su rostro.

Sin embargo, Ava reconoció la voz. —Jacoby, siéntate, hijo mío. Le dio una palmadita al asiento acolchado de Naugahyde que tenía a su lado. Una isla pequeña.

Darren Jacoby, todavía con su uniforme de policía, se sentó frente a Ava, y los dos lugareños intercambiaron besos en la mejilla. Por un momento se había visto muy bien, en la oscuridad.

—Hola, señora Connell, dijo por encima del hombro.

Realmente no parecía querer llamarme Katie. Oh, bueno. —Hola, oficial Jacoby.

—No puedo quedarme mucho tiempo, le dijo a Ava. —Estoy de servicio. Mi turno termina a las diez. Estoy haciendo la ronda cuando te veo. ¿Qué haces?

—Fuimos a ver al investigador privado que me recomendaste, le dije a su perfil.

Me devolvió la mirada, inexpresiva. —Bueno, espero que te vaya bien. Cuando vuelvas a los Estados Unidos.

Era tan poco sutil. —Cinco días, —dije—.

—Ten cuidado, entonces. Volvió a centrar su atención en Ava. —¿Quieres salir más tarde? Tengo Love and Basketball en DVD.

Oh, cielos, aún menos sutil. También podría alquilar una valla publicitaria.

—Oh, Jacoby, no puedo. Tengo una cita.

Su mandíbula se abultó y la ira brilló en sus ojos tan rápido que casi no la capté. —Siempre hay alguien, ¿no es así, Ava? La mandíbula se relajó. Los grandes hombros se encogieron. —Bueno, en otra ocasión.

—Por supuesto, —dijo ella.

—Me voy, entonces.

Él y Ava volvieron a besarse la mejilla, él se volvió e inclinó la cabeza hacia mí, y se alejó, como un gran oso pardo desde atrás. No le gustaba mucho, pero aun así me dolía por él.

Ava puso una cara triste. —Siempre será así. No se rinde fácilmente. Sacó su teléfono y dijo: —Será mejor que compruebe mi cita. Unos pocos clics después, dijo: “Guy reservó una habitación aquí, en la colina. Una suite. Oh là là”.

—¿Podré conocerlo? —pregunté—.

—No. Es muy reservado con nosotros. Señaló el tercer dedo de su mano izquierda y pronunció la palabra «casado». —Ni siquiera se pone en contacto conmigo. Es como si tuviera algo con su asistente, Eduardo.

—Lo siento, dije, porque no sabía qué más decir. Me sonó bastante engreído y horrible.

—Oh, no hay problema, —dijo Ava, y espantó el problema imaginario con la mano. —Es un senador. La gente lo conoce. Es una isla pequeña.

Así lo había notado.

Pensé en cómo me sentía cuando Nick me ignoraba en público. Y ni siquiera estaba “teniendo algo” con él. Jacoby tampoco estaba con Ava, pero eso no parecía impedirle tener grandes emociones por su cita. —¿Pero no hiere tus sentimientos?

Ava frunció los labios. —No le quiero, Katie. Es simpático, y está tratando de conseguir un piloto para un programa de televisión, protagonizado por un servidor. Conseguimos lo que queremos el uno del otro. Me gustan más los ricos que los poderosos, y él no es rico. Bebió otro sorbo de champán.

Me acomodé el cabello detrás de la oreja. ¿Piloto de un programa de televisión? Su senador Guy tenía que ser mi compañero de copas desde mi vuelo de llegada. Decidí no mencionarlo, ya que había coqueteado conmigo sin descanso. Oye, si su acuerdo no molestaba a Ava, no iba a dejar

que me molestara a mí. Tal vez sería más feliz si fuera tan desapasionado como ella. Tal vez. Pero probablemente no.

—Entonces, ¿quién es «el tipo» equivocado, de todos modos? —dijo ella.

—¿Qué? —pregunté, pensando por un momento que todavía estábamos hablando de Guy, ese es su nombre.

—El que se supone que no debes anhelar.

Ah, él. Le indiqué a la camarera que pidiera más champán. Luego, con cuidado, me abrí paso a través de la historia, tratando de no activar ninguna mina terrestre que hiciera estallar mi frágil paz de Nick.

Ava dijo: —Estás mejor sin él. Me ocuparé de ti y te encontraré un hombre para mantener tu mente ocupada esta semana.

—Nada de hombres, Ava.

—¿Eh? ¿Así que vas a suspirar? Parece que no huyes demasiado de él.

—No hay que suspirar. Estoy huyendo. De verdad.

Ava no parecía convencida. —Si tú lo dices, Katie. Si tú lo dices.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.